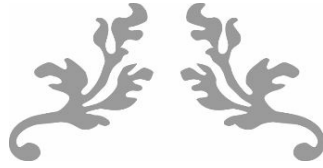




# LOBO FEROZ

ROMANCE CON EL GUARDABOSQUES  
Y LICÁNTROPO CAMBIAFORMAS

ELENA ROMERO



---

# LOBO FERROZ

---

*Romance con el Guardabosques Licántropo  
Cambiaformas*



Por **Elena Romero**

© Elena Romero 2018.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Elena Romero.

Primera Edición.

*Dedicado a Isabel y Jose,  
por estar siempre ahí cuando los necesitaba.*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis*

## I

### El plan

El clima en la montaña era perfecto, la temperatura nunca subía de los 24° Celsius, el silencio era portador de una paz inigualable y sin duda los paisajes eran los mejores de toda la zona. Un caudaloso río bajaba en medio de dos colinas enormes que se perdían entre las nubes, su agua cristalina dejaba ver un lecho espectacular con peces de colores y una cantidad de diferentes tipos de rocas incontable. Algunos animales se dejaban ver durante el día y los árboles que rodeaban el lugar eran frondosos y con un verde que solo podría imaginarse.

“Los Picos Gemelos” es un paraíso que había estado casi virgen durante muchísimos años, pero, últimamente las cosas habían cambiado un poco, cada fin de semana más y más personas iban a visitar las maravillosas montañas, era como si se hubiese puesto de moda, o como si a todos se les ocurriera la idea de congeniar con la naturaleza al mismo tiempo. Lo cierto del caso es que esta situación tarde o temprano traería problemas, pues siempre que el hombre pisa un nuevo territorio, lo destruye, viene en su ADN.

Los adolescentes tomaron el lugar como su punto de encuentro y comenzaron las fiestas con alcohol y música a todo volumen. Esto llamó la atención de las autoridades que comenzaron a tomar cartas en el asunto antes que las cosas se salieran de control, lo que no tardaría mucho, viendo que la tasa de visitantes aumentaba constantemente y cada vez las reuniones se tornaban más ruidosas y hasta violentas.

— Entiendo lo que dices, Mario. Claro que lo entiendo, pero, debemos esperar una orden del gobernador para eso.

— ¿Y mientras tanto vemos con los brazos cruzados como destruyen el entorno? Te recuerdo, Daniel, que más que cualquier cosa, esa montaña también es mi hogar, vivo allí desde hace mucho tiempo.

Mario soltó un puñetazo sobre el pulido escritorio de caoba de su jefe.

— ¡Y yo te recuerdo que además de ser amigos desde la infancia, también soy tu superior y merezco respeto!

Ahora ambos estaban de pie mirándose directamente a los ojos y supieron que la discusión estaba más acalorada de lo que habrían querido. Daniel se sentó en su silla e hizo un gesto con la mano a Mario para que hiciera lo mismo en la suya, este respiró profundamente y se acomodó en su asiento.

— Repasemos lo que venimos discutiendo, Mario.

El hombre soltó una mirada de pocos amigos y se limitó a escuchar sin decir una palabra al respecto.

— Sabes que estamos aquí por la misma razón, pero, no podemos pasar por encima de las autoridades. Nosotros no tenemos el poder para hacer lo que me pides y sabes que podrías perder tu puesto. ¿Es eso lo que quieres?

— ¡Por supuesto que no!

Mario se dio cuenta que su tono voz estaba un poco alterado aun y calló por un momento.

— Daniel, debemos hacer algo antes de que esto se salga de nuestras manos.

— Lo sé y lo vamos a hacer, pero, debemos esperar la orden. Ya hicimos nuestra parte, por ahora solo nos queda tener paciencia.

Mario se levantó de la silla y salió de la oficina inmediatamente. Él sabía que debía contener su ira por el bien de todos.

Afuera, miró hacia la montaña, lo que hizo que en ese mismo instante tomara una decisión, y la verdad, le importaría muy poco las consecuencias que esta acarrearía. Él defendería a capa y espada su espacio y no iba a esperar un miserable papel con una orden para proceder. Se montó en su todoterreno dirigiéndose hacia “Los Picos Gemelos” cegado por la ira y fraguando un plan que no tendría ninguna posibilidad de salir mal.

Mario bajaba a la ciudad solo de día, en las noches se quedaba siempre en su casa de la montaña disfrutando de su lugar favorito y alejándose de algunas tentaciones que tenía muy guardadas, además de un pequeño problema que lo había perseguido por más de 10 años. La cuestión estaba en mantenerse alejado antes de hacerle daño a alguien, ese era su mayor temor, y entre otras cosas, lo que lo llevó a ser lo que es hoy en día.

Guardabosques. Y el mejor de todos. Mario se había dedicado a su profesión impulsado por su amor a la naturaleza y tratando de estar lo más lejos de las

cosas que le hacían ser el hombre que no quería ser, siempre dispuesto a estar aislado de la sociedad siempre y cuando las cosas estuvieran calmadas y controladas por él mismo.

Era el único con permiso para vivir en la montaña. El antiguo alcalde de la ciudad era su primo y este, a sabiendas del problema de Mario, le había otorgado un espacio en las faldas de “Los Picos Gemelos” para que hiciera vida allí, lo cual era una ganancia para ambas partes, pues nadie cuidaría de ese entorno de mejor manera que él.

Todos los que transitaban por el estrecho camino de tierra que conducía a los alucinantes parajes de la montaña, podrían ver la entrada junto con un cartel hecho de madera en el cual se podía leer claramente con letras blancas PROPIEDAD PRIVADA. Claro, nadie veía más allá del sendero y el letrero, todos seguían su camino.

La pequeña, pero, muy acogedora cabaña, había sido construida en su totalidad por Mario. Tenía lo necesario para estar cómodo y sentirse a gusto, su despensa era enorme y siempre la mantenía a tope para evitar los constantes viajes a la ciudad, en la sala principal lucía una chimenea para el invierno y una terraza con una vista maravillosa que podría ser fácilmente la fotografía de una postal. El río corría a escasos metros de la propiedad, y más cerca aún, se retenía una cantidad de agua que, junto a las rocas y la vegetación del sitio, formaban lo que él consideraba su piscina natural privada, y a pesar que el agua era bastante fría, pasaba bastante tiempo de sus ratos libres en ella.

El ambiente era muy acogedor y tranquilo, era perfecto para Mario, pues, era precisamente eso lo que necesitaba para mantenerse bien. Aprendió a amar ese pedazo de tierra tanto como era posible y ahora nadie iba a entorpecer el curso natural de su entorno y menos unos adolescente cabrones con las hormonas echando chispas. No, eso no iba a suceder.

Mario entró a su cabaña pensando exactamente en lo que iba a hacer.

Al lado de la chimenea había una puerta que permanecía cerrada la mayor parte del tiempo, dentro de ella estaban sus armas de reglamento y otras más que él mismo había comprado con el pasar de los años. Todas legales, y la verdad es que nunca las había tenido que usar, pero, en un sitio tan solitario como ese, es mejor estar preparado.

Sacó una de las escopetas que estaban distribuidas en la pared por orden de tamaño en una repisa de madera de pino, tomó algunas municiones y se las colgó a un lado.

A pesar de que era un hombre algo violento y que por momentos no podía controlar su ira (algo en lo que estaba trabajando, aunque la verdad había algo más que ira dentro de esos episodios), nunca pasó por su mente disparar o asesinar a alguno de los muchachos.

Su plan constaba en ponerse frente a la entrada de la cabaña ataviado de su uniforme de guardabosques, su escopeta y algunos conos de tránsito para que los visitantes vieran un punto de control en el camino, algo que le diera la sensación de que estaban siendo vigilados, aunque eso sería completamente imposible, pues ya después de pasar ese punto, todos se dividían hacia diferentes lugares y Mario no podría verlos a todos.

Pero, posiblemente, las personas pensarían mejor las cosas antes de hacerlas y eso sería un avance considerable para él, al menos mientras llegaba el condenado papel con la autorización de cerrar el paso hacia la montaña.

Pero, por supuesto, todo plan poseía un plan B, y ese era precisamente el que no dudaría en ejecutar si las personas no entendían con la advertencia que, muy gentilmente, él les daría al llegar. Estaba dispuesto a hacer lo necesario por mantener la paz y la integridad de ese territorio sin importar el precio.

Puso sobre la mesa del comedor el arma y las balas, buscó el cono de tránsito y lo puso cerca. Miró su reloj y casi eran las 6:00 pm de ese jueves, ya mañana sería el primer día para llevar a cabo su estrategia de intimidación, esperando que esta rindiera los frutos necesarios. Respiró profundamente y se preparó un café bien cargado para después sentarse a ver su programa de televisión favorito.

Esa noche se durmió temprano, el día había estado fuera de lo normal, solo asuntos laborales y tenía un dolor de cabeza que lo envió directo a la cama.

Mario siempre fue un hombre atractivo, musculoso y alto como un roble. No tenía ningún tipo de problemas cuando de mujeres se trataba, tanto que con cada viaje a la ciudad siempre conseguía a alguna chica que caía en sus redes y le daba tanto y más de lo que ellas deseaban. Su manera de ser era un gancho directo a la quijada para cada una de sus presas, pues era demasiado confiado, directo y nunca le temblaba el pulso para llevarlas a un hotel en la



ciudad y dejarlas sin aliento después de una buena follada.

Las mujeres solteras de la ciudad eran sus fanáticas y siempre buscaban la manera de conseguirlo en el mercado, o en alguna de las tiendas de la ciudad. Era un hombre bastante predecible, frecuentaba los mismos lugares y era fácil de encontrar, por lo que, ellas lucían sus mejores vestidos y maquillajes para hacerse del atractivo guardabosques. No todas las que lo deseaban habían tenido la suerte de tenerlo, pero, estaban seguras de que sería cuestión de tiempo para que pasara.

Era un hombre misterioso, eso sí. Había rumores de que cuando se llevaba a una chica para su cabaña en la montaña, la misma no regresaba, pues quedaba siendo su esclava sexual. Otras rumoraban que arriba tenía una especie de harem y por eso nunca llevaba a las del pueblo hasta allá, pero, realmente todo eran chismes que corrían de boca en boca, nada más lejos de la verdad.

Quizá ese misterio era necesario para tratar de llevar una vida normal, la mezcla de su atractivo con su facilidad para tener mujeres y sus deseos ocultos, eran una combinación letal que muchas veces había terminado muy mal. Era necesario contenerse y no caer en esas tentaciones, por eso nunca bajaba a la ciudad de noche, era cuestión de saber hacer las cosas y mantener distancia entre lo bueno y lo malo.

Pero, el punto era que ya se había contenido durante mucho tiempo y sus instintos ya estaban aflorando con mayor frecuencia. Además, este asunto con los adolescentes y sus fiestas en la montaña lo traían ansioso y de alguna forma debía liberar toda esa carga, y cualquiera de las dos formas que él conocía no eran para nada buenas.

De la misma manera salió el sol ese viernes de verano y Mario ya estaba listo para la primera parte de su plan. Después de un desayuno cargado de energías salió al sendero con su uniforme, su escopeta y su mejor cara para hacer frente al enemigo que acechaba desde las horas del mediodía.

Los coches comenzaron a llegar de manera intermitente. Los que ya habían estado arriba miraban extrañados ese punto de vigilancia antes de entrar a la montaña, pero, hacían caso omiso y seguían. Otros, muy respetuosamente, bajaban el vidrio y saludaban al guardabosques, quien les devolvía el saludo de mala gana y con un gesto con la cabeza. No era un buen día para ser amables con el gran Mario.

— Hola, señor guardabosques.

La chica le hablaba desde un convertible rojo con asientos de cuero negro, sonaba alguna música de moda y la conductora fumaba un largo cigarrillo importado. Junto a ella viajaban tres chicas ataviadas con pantaloncillos cortos y vestidos de baño, estas de inmediato bajaron sus gafas para contemplar a aquel fascinante hombre en uniforme, les encantaba. Todas le sonreían.

— Hola, señoritas.

— Eres nuevo por aquí. Estoy segura de eso... De haberte visto antes lo recordaría sin dudas.

Mario, miró con detenimiento a las jóvenes. Eran hermosas, parecían salidas de una revista de modelos. Pero, seguían siendo el enemigo para Mario.

— No soy tan nuevo como creen.

El instinto le decía que las llevara a la casa, pero, se contuvo.

— Nos encantaría que nos dieras un paseo personalizado por estas montañas. Un lugar como este debe ser peligroso para cuatro adolescentes indefensas.

Mario las observó y volteó hacia la montaña.

— Espero que el filtro de ese cigarrillo nunca toque la tierra de este lugar. Buenas tardes.

Las chicas se quedaron petrificadas por la respuesta del hombre y se acomodaron en sus asientos. La conductora subió el volumen del equipo de sonido, dio una calada al cigarrillo y lo lanzó a los pies de Mario. Lanzó una carcajada y pisó a fondo el acelerador dejando detrás de ella una nube enorme de tierra.

Él se limitó a observarlas mientras se alejaban. Jamás las olvidaría.

Mario, aplastó con su bota el filtro para sofocarlo, se inclinó y lo recogió guardándolo en su bolsillo derecho. Debía mantener la calma ante personas así.

Pasaron alrededor de veinte minutos sin que ningún coche pasara de nuevo, hasta que apareció uno que le llamó la atención. Era una camioneta 4X4 amarilla con cauchos anchos y altos y con un parachoques que mataría a un buey. La música era estruendosa y llevaban botellas de licor en las manos.

Los chicos pasaron frente a él sin darse cuenta siquiera que estaba parado allí y siguieron su camino como, al parecer, era costumbre para ellos.

Pero, lo que realmente le llamó la atención a Mario fue que llevaban un equipaje completo para acampar en el techo del vehículo. Normalmente nadie se quedaba a dormir, no era seguro, pues algunos animales peligrosos salían en las noches y no les agradaban mucho los visitantes. Además, las noches era muy oscuras no podrían ni siquiera mirarse unos a otros así estuvieran a 2 centímetros de distancia.

Que estos chicos estuviesen planeando esto no era para nada bueno y podría traer problemas. Pero, por lo pronto tenía que encargarse de llamar la atención de los muchos otros que llegarían durante las próximas horas, aunque normalmente después de la 1:00 pm ya casi no llegaba nadie. Mario se mantuvo firme esperando, pero, con los pensamientos en aquella camioneta.

Las horas pasaban lentamente y hasta los momentos todo parecía estar bien. Ese día el sol estaba en todo su esplendor y los visitantes aprovecharon para lucir sus mejores bañadores y tostarse un poco la piel. La música se escuchaba a lo lejos como solo un ruido sin sentido, la cerveza rodaba de mano en mano, los chicos reían sin parar, se tomaban fotografías con sus móviles... Era una excelente tarde y todos la estaban disfrutando ampliamente.

El guardabosque esperó pacientemente en su cabaña hasta que cayó la tarde y los visitantes comenzaron su desfile de vuelta a la ciudad. Muchos notaron la presencia de Mario y otros no le dieron importancia. Los vehículos pasaban, pero, la camioneta 4X4 con su característico color amarillo no regresó. Estaban en las montañas.

Escopeta en mano, Mario emprendió su camino hacia a las montañas.

## II

### Tiempos de cambio

El último año en la universidad siempre trae como consecuencia fiestas, alcohol y más fiesta. Es como un recordatorio para estos jóvenes adultos de que las obligaciones y responsabilidades están a la vuelta de la esquina, y nadie se escapa de eso, así lo quiera.

Jennifer es una chica retraída, pero, popular dentro de su grupo de amigos. Siempre estuvieron juntos desde la primera clase de la universidad forjando una relación muy estrecha, apoyándose entre ellos. Pero, lo que realmente la hacía popular dentro y fuera de su grupo era sus grandes pechos que, a pesar de mantenerlos escondidos dentro de blusas cerradas, siempre relucían en su delgado cuerpo.

Los estudios y el gimnasio eran para ella su vida, no necesitaba más que eso y quizá un cóctel en casa de una de sus amigas una o dos veces al mes, realmente no le gustaba salir de fiesta ni trasnocharse. La verdad, la pasaba mejor en su casa leyendo un libro o compartiendo una película con su perro y mejor amigo Rocky.

Es una chica ejemplar y además sexy, por eso todos en la universidad estaban en busca de ella, pero, ninguno había tenido éxito. ¡Y vaya que lo habían intentado!

— ¡Oh, vamos! ¡Debes ir con nosotros!

Le rogaba María a Jennifer mientras juntaba las manos en señal de oración como pidiendo al cielo el milagro de que su amiga dijera que sí y fuese a ese viaje de fin de año con ellos.

— Sabes lo que pienso de todo eso, y además mañana tengo...

Jennifer se quedó sin argumentos.

— Eres una mala mentirosa. Vamos, ven con nosotros, te divertirás. Además, te hace falta salir a distraerte y cambiar un poco de ambiente. Las últimas tres reuniones que hemos tenido las hemos hecho sin ti.

Las chicas se miraron y ambas terminaron con una carcajada.

— Está bien. ¡Iré!

María saltó de alegría y abrazó a su amiga.

Ambas salieron de la universidad caminando y hablando de todo lo que iba a necesitar para el viaje.

Pasó el resto del día en su departamento organizando algunas cosas en un pequeño bolso. Todo estaba listo, pero la idea de llevar un bikini no le agradaba mucho. No se sentía cómoda con mostrar su cuerpo en público, a pesar de estar en forma gracias a los entrenamientos diarios en el gimnasio. Pero, se sentiría como una tonta si viera a todos los chicos disfrutando del río y ella estuviera, como siempre, lejos y retraída.

Jennifer decidió darse una oportunidad a ella misma, total, ya había aceptado ir y era su último año en la universidad. Debía disfrutar de las cosas sin pensarlo tanto por lo menos una vez en la vida. Metió el bikini negro y los lentes de sol en el bolso cerrándolo de inmediato como para no cambiar de opinión.

Descansó lo suficiente, aunque estuvo un poco ansiosa y le costó conciliar el sueño.

Durante la mañana siguiente hicieron unas compras en grupo y comenzaron su camino al sitio que estaba de moda, a “Los Picos Gemelos”, estaban dispuestos a pasar el mejor fin de semana de sus vidas.

Los paisajes en la vía eran mágicos y hacían del viaje más placentero aún. Para Jennifer era la primera vez que iría a este fantástico lugar, pero, el resto de sus amigos estaban más que acostumbrados a ir a la montaña, sobre todo los últimos cuatro meses, donde se hizo un lugar tan visitados por todos los estudiantes.

Realmente para ella era fascinante el espectáculo natural que estaba observando en el camino, no podía imaginar cómo sería todo al llegar a arriba.

Los chicos iban cantando la música que salía a todo volumen del reproductor MP3, ellas reían en la parte trasera de la camioneta y entre todos chocaban sus botellas en señal de celebración. El terreno se volvió un poco irregular, pero menos empinado por un momento y Jennifer notó a la distancia un cono de tránsito naranja que de seguro no había visto el conductor de la camioneta.

Pensó en advertirle, pero, no. Algo llamó por completo su atención. Estaba

ahí con uniforme verde, alto y musculoso. Con rostro serio y misterioso, con una mirada penetrante y una actitud desafiante.

El hombre era como salido de un sueño, ella logró verlo durante unos segundos y después escuchó por encima del hombro derecho el susurro de María.

— ¡Vaya, hasta que te veo mirando a un hombre con ojos de mujer!

Jennifer hizo caso omiso al comentario y siguió observando al hombre hasta que la camioneta dio la vuelta y se perdió de vista.

Se reincorporó en su asiento y notó que su amiga la miraba fijamente, Jennifer se sonrojó porque conocía ese rostro lleno de picardía.

Ambas dejaron pasar el momento con una sonrisa, pero, la figura de ese monumental guardabosque se había quedado tatuada en la memoria de Jennifer, era sin dudas un hombre que además de atractivo llevaba consigo una seducción única.

Ella trató de volver al momento con sus amigos, pero, solo estaba ahí físicamente, todos sus pensamientos estaban con el hombre del uniforme verde. Fue mitigando la intensidad y ya para después de unos cuantos minutos ya estaba completamente de vuelta para disfrutar del viaje sin complicaciones, o al menos eso creía.

El sendero comenzó a estrecharse y un camino de tierra parecía llevar a un solo lugar, los árboles estaban muy cerca de las ventanas del vehículo, eran como gigantes de madera que custodiaban su ecosistema, reacios a mostrar más de su hermosura, el aire comenzó a ponerse más y más frío conforme la altura era mayor y los rayos del sol se colaban entre las ramas y hojas de los milenarios árboles que rodeaban el área, era extraordinario todo lo que se podía ver, parecía un cuento. Y todo había estado siempre tan cerca de ellos.

El viaje fue de unos 25 minutos hasta que llegaron a la cumbre de esa colina y empezaron con el descenso buscando el punto donde habían planeado acampar desde el principio. El terreno se había puesto muy rocoso y todos se sujetaban de donde podían para poder mantener su lugar dentro del vehículo, la música seguía sonando y no se iban a detener ante eso.

Christian era un chico de unos 25 años y era el encargado de conducir ese día, pues era el dueño de la descomunal camioneta y, además, había sido el

autor intelectual de ese viaje para celebrar con sus amigos la meta alcanzada. Estuvo durante días pidiéndole a María que tratara de convencer a Jennifer de que fuera con ellos para poder estar en una situación diferente e intentar decirle lo que sentía por ella.

Es un joven apuesto, pero, su gran defecto es su ego; demasiado grande, tan grande como su camioneta. Siempre pretendía estar por encima de los demás y hacía comentarios muy fuera de lugar, lo que molestaba a los que lo rodeaban. Tanto que todos los amigos que tenía entraban en su camioneta y, aun así, sobraba espacio.

Por fin después de pasar unos pequeños arroyos llegaron a su destino. La tierra parecía que no había sido tocada nunca, flores de colores y muchas aves adornaban el paisaje, el clima era perfecto, no hacía frío como el en tope de la colina y el sol, a pesar de estar un poco tapado por las nubes, hacía su trabajo y engalanaba con sus rayos todo el cielo.

El río corría a unos cuantos metros de donde estaban. Todos miraron durante unos minutos aquella impresionante imagen, querían grabarla con detalles y para siempre en sus memorias. Todo era más hermoso de lo que imaginaron y lo mejor de todo era que tenían el lugar para ellos solos, no todos tenían una máquina como la de Christian para llegar hasta ese recóndito punto.

— ¡Pues, bien, tenemos que desempacar!

Todos se miraron, sonrieron y pusieron manos a la obra.

Antonio, quién salía con María desde hacía unas dos semanas y Christian se pusieron a armar la tienda y a bajar las cosas más pesadas, las chicas por su parte decidieron prepara algunos emparedados para comer después de que todo estuviera en orden. Las cosas parecían moverse en buena dirección, el sol estaba justo sobre ellos mostrándose imponente en todo su esplendor.

Jennifer hurgó en su bolso en busca del bikini, cuando lo encontró y lo tenía en la mano, una ráfaga de indecisión y quizá algo de miedo la detuvo por un momento, pero, esta no se dejó intimidar y siguió adelante. La estaban pasando bien y dolo debía disfrutar del día en compañía de sus amigos, no había nada de qué atemorizarse y mucho menos de que avergonzarse.

Ambas mujeres sortearon algunos árboles y troncos secos hasta que estuvieron completamente a solas. Se cambiaron su ropa y salieron listas para tomar el sol.

— No quiero ningún tipo de vergüenza ni retraimiento de tu parte, Jennifer.

María conocía demasiado bien a su amiga.

Jennifer levantó la mano derecha y con la izquierda tocó su pecho del lado del corazón.

— ¡Lo juro!

Las risas salieron de las bocas de ambas y salieron sin pensarlo a pasarla bien, pero, ninguna de las dos sabía lo que les esperaba. Estaban en el sitio equivocado con las personas equivocadas.

Christian y Antonio observaron como las chicas se acercaban a ellos, sin duda de que los pronunciados senos de Jennifer se llevaban el papel protagónico, saltaban tímidamente con cada paso de la joven y estaban en perfecta proporción con el delgado, pero, tonificado cuerpo que poseía. El bikini negro hacía resaltar su blanca piel y parecía amalgamado a ella. Ambas estaban radiantes, seguras y sobretodo muy sensuales.

Jennifer sentía como el sol comenzaba lentamente a calentar su cuerpo y la brisa tocaba lugares donde nunca antes había sentido, estaba feliz con ella misma, ese bikini tenía mucho tiempo guardado y por fin había tenido el valor de usarlo. Si, era muy pequeño, y esa había sido la razón principal por la cual permaneció en su gaveta sin ser tomado en cuenta, pero, en ese momento se sintió cómoda. Una extraña sensación que jamás había experimentado la cobijaba, era como si algo recorriera su cuerpo en ese instante.

El día siguió su camino entre risas, bromas y baños esporádicos en el rio, el agua bajaba desde lo más alto de la montaña y estaba algo fría.

Por su parte, Christian no podía dejar de mirar a Jennifer, era como un embrujo que ella tenía sobre él. Si bien él se imaginaba los pechos de ella, dado a que era imposible ocultar su tamaño, jamás imaginó que los desearía tanto como en ese momento, eran perfectos.

Durante las primeras horas, ambos chicos consintieron de la mejor manera a sus acompañantes y se comportaron como caballeros, estaban pendiente de ellas y por supuesto cada quien tenía la mira puesta en su objetivo.

María no podía negar cuanto le gustaba Antonio, pero, por mantener las cosas en orden y no incomodar a Jennifer, se contuvo lo más que pudo de entrar en



un momento muy íntimo con él, pero, las ganas y el alcohol la vencieron. Comenzaron a besarse y a tocarse de forma muy intensa a la orilla del río. Las cosas se estaban poniendo más calientes entre ellos, lo cual alejó a Jennifer quien se sentó sobre una roca gigante a ver el paisaje mientras escuchaba el sonido del río.

Mientras ella contemplaba la magnificencia natural, las manos de María descubrían las bondades de la anatomía masculina al sostener entre sus dedos el miembro erecto de su compañero. Habían perdido el pudor y dejaban aflorar toda la lujuria y deseo que, durante todo el día habían tenido que reprimir.

— ¿Puedo acompañarte?

La voz profunda del joven la asustó de tal manera que dio un respingo sobre la roca y se llevó ambas manos a la boca conteniendo un pequeño y ahogado grito. El corazón parecía que quería saltar del pecho.

— ¡Christian! No te escuché llegar...

— No, no. Discúlpame, no era mi intención asustarte. Sólo quería compartir un rato contigo.

El joven le extendió una cerveza que ella aceptó mientras se hacía a un lado, dándole espacio para que él se sentara.

La conversación comenzó a fluir poco a poco y se tornó interesante a pesar que los ojos de Christian estaban más enfocados en los senos de Jennifer que en cualquier otra cosa, pero, así había sido durante todo el día y ya estaba condicionada a eso. De no sentirse tan bien como ese día no lo habría soportado y de seguro ya se hubiese colocado algo para cubrirse, pero, en esta ocasión las cosas eran totalmente diferentes y ella lo disfrutó. Se sintió deseada y no estaba mal.

Además de todo Christian parecía un nuevo chico, ella estaba sorprendida de como él se había comportado durante toda la tarde, (exceptuando la mirada perenne sobre sus tetas, lo cual le causaba un poco de risa), fue todo un caballero y su ego quizá había desaparecido un poco. Era genial ver que las personas cambiaran para bien.

El sol comenzó a caer en el horizonte y ambos veían como se formaba un espectacular crepúsculo entre las montañas, el cielo estaba completamente

naranja y las nubes daban un tono más claro creando una textura que tildaba en lo absurdo, no podía ser que algo que estaba hecho aleatoriamente fuese tan perfecto, pero, así es toda la naturaleza: perfecta y sorprendente.

En ese momento Jennifer volteó para ver cómo iba su amiga a la orilla del río, pero, no la vio, y sin querer quedó de frente a Christian que sin pensarlo la besó y por solo dos segundos ella dejó que eso pasará. Pero, después se separó apartándolo con las manos.

— Christian, no creo que esto...

Pero, el muchacho se abalanzó sobre ella y trató de besarla de nuevo. Jennifer se levantó violentamente y lo alejó más, comenzó a buscar con la mirada a María y Antonio, pero, no los consiguió.

— Tranquila, Jennifer. Todo está bien, vinimos a divertirnos.

— Esta no es la manera en que quiero hacerlo, así que por favor contrólate, estás ebrio y no piensas las cosas con calma.

Christian la tomó de la mano y la acercó tratando de besarla de nuevo, pero, ella no lo dejó y le asestó una bofetada lo que hizo que el joven se alterara de manera brutal.

— Te haces la santa, pero, sé que eres una zorra como todas las demás.

— ¡No te acerques más a mí!

Jennifer seguía buscando a su amiga, pero, sin éxito.

Se bajó de la roca y caminó hacia la camioneta buscando desesperadamente a su amiga, pero, no la veía por ningún lado. Estaba a punto de llorar.

— ¡Bien, zorra! ¡A mí nadie me humilla de esa manera!

Gritaba a lo lejos Christian mientras lanzó la botella que tenía en la mano reventándola sobre la roca.

La última vez que había visto a María estaba en la orilla del río por lo que siguió por esa zona, pensando en que quizá se habían metido entre los árboles a terminar lo que empezaron, pero, no era así. Cuando se dio cuenta de que se había alejado lo suficiente de la camioneta y vio cuando Antonio subía en brazos a su amiga quien claramente estaba intoxicada e inconsciente.

¿Pero, que estaba haciendo Christian? No podía dar crédito a lo que veían sus

ojos.

### III

#### El encuentro

La caminata iba a ser larga por el camino que habían demarcado arbitrariamente todos los visitantes con sus vehículos. La ventaja para Mario es que conocía las montañas como la palma de su mano y acortó el recorrido entre la zona más boscosa. Estaba equipado para eso y no lo dudó.

El lugar era bastante peligroso hasta para él por lo que tenía que caminar con sumo cuidado. El sol estaba bajando y ya le quedaban aproximadamente 45 minutos de luz natural, con él llevaba un par de linternas y combustible como para hacer una antorcha en caso de que lo necesitara. El lugar en el que se congregaban la mayoría de los jóvenes no estaba tan lejos, así que tenía esperanzas de llegar aun con la luz del día.

Estaba lleno de ira, pero, trataba de controlarse mientras caminaba, drenaba de vez en cuando su frustración golpeando con su puño la corteza de los altos árboles. Era mejor hacer eso que llegar a encontrar a esos cabrones y descargarla con ellos.

A pesar de tener varios meses sin lluvias el camino estaba pantanoso y dificultaba las cosas más de lo que ya estaba, se le estaba acortando el tiempo para poder llegar con luz natural al punto en el que pensaba estaban los chicos. De pronto su bota quedó atrapada entre una enorme raíz y tuvo que ocuparse de eso durante un buen rato.

— ¡Carajo!

Balbuceaba Mario mientras pensaba que ya no tendría más remedio que caminar durante la noche por las montañas y eso no era nada bueno, con la oscuridad los animales nocturnos salían a cazar y a moverse por doquier, todo lo que desconocieran era para ellos un invasor y no dudarían en embestirlo y proteger su entorno.

Por fin, y después de varios minutos de lucha, pudo librarse la raíz que lo tenía retenido y salió con paso rápido. Las estrellas comenzaron a verse en el firmamento y sacó una de las linternas a pilas que llevaba consigo. El camino se tornó difícil de descifrar, aun para él que estaba acostumbrado a eso. Pasaron unos 10 minutos cuando escuchó un motor y divisó unas luces que se

movían en la oscuridad y se llevaban todo lo que conseguían por delante.

Era una bestia amarilla que rugía con fuerza y con mucho poder de destrucción, la camioneta zigzagueaba entre los árboles y parecía sin rumbo. Mario corrió hacia ella y trató de mantener una distancia prudencial, no sabía lo que pasaba con seguridad. Tenía la escopeta entre sus manos y cargada, lista para cualquier cosa que fuese necesario.

“Dios mío, no me hagas usarla”

Ya más cerca, las cosas se pusieron más extrañas aun, una chica gritaba desde el interior del vehículo y pedía ayuda, pero, por más que él quisiera ayudar no podría hacerlo, se suponía que Mario no debería estar ahí.

“No importa lo que debería ser o no. Tu solo dispara”

Mario luchaba por deshacerse de esos pensamientos para tratar de mantener la calma. No era fácil puesto que estaba luchando con una fuerza que apenas estaba aprendiendo a controlar.

Y así como apareció, la camioneta se detuvo de pronto. Las luces dejaron de moverse y se reflejaban sobre el cuerpo de un inmenso árbol, salía humo de la bestia amarilla y la puerta de conductor se abrió. Mario se movió sigiloso y con más soltura, pues ya su vista se había acostumbrado a la oscuridad. El conductor abrió la puerta trasera y gritó.

— ¡Si tanto te importa sal y busca a la perra de tu amiga, y si no, cállate la boca!

La chica lloraba dentro. Solo se escuchaba un balbuceo y después el hombre cerró la puerta con todas las fuerzas y dijo algo que se perdió en el ambiente. La bestia amarilla se puso en marcha de nuevo y después de arrancar parte de las plantas más pequeñas, se reincorporó en el camino y siguió colina abajo. El rugido del motor se fue ahogando con la distancia y al final solo se escucha el ulular de un búho que estaba cerca.

Mario se sentó sobre una roca y se calmó un poco. Algo había pasado y debía notificarlo a las autoridades de alguna manera, debían detener a esos chicos y saber qué había sucedido. Por los momentos, él respiró profundamente y se quedó tranquilo, pensaba que al fin y al cabo no debió utilizar la violencia y lo mejor era que todo se resolvió sin tener que llegar hasta el final del camino.

Se levantó y comenzó su recorrido de regreso, pero, algo lo detuvo.

“El joven había dicho algo de otra chica. ¿Acaso estaba alguien en las montañas?”

Pensó que realmente una persona perdida en las montañas era un arma de doble filo, pues si la voz se corría y todos se enteraban que la gente se extraviaba en las montañas dejarían de venir y así no tendría que esperar a que llegara la condenada carta. Pero, por otro lado, era imposible que él, después de saber eso, dejara a una chica indefensa en el peligro de la montaña.

Lo discutió internamente durante un minuto y no hubo dudas al final. Se dio media vuelta y se adentró. Arriba, la luna estaba en su fase creciente y ayudaba a iluminar los senderos, la linterna tenía un potente faro y el paso mantuvo la frecuencia correcta como para avanzar rápidamente.

El lugar predilecto para los jóvenes estaba justo detrás de la pequeña colina en la que estaba caminando, allí el pasto se volvía algo incómodo para sortear, tenía una especie de filo cortante que se adhería a la ropa con facilidad y recibió varias heridas leves en brazos y manos, pero, nada de qué preocuparse.

Ya a escasos metros estaba el lugar, Mario apuntaba la linterna hacia varios lugares, pero además de un unas cuantas botellas y empaques de plástico, no observó nada más. La chica no podía estar muy lejos, no había necesidad de ir a otro lado cuando estabas perdida en un lugar que no conoces.

“A menos que fuese una idiota”

— ¡Hola!

Solo recibió la respuesta del eco.

— ¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Nada.

Siguió con la búsqueda.

El búho se escuchó de nuevo, pero, esta vez más lejos. Todo parecía estar desolado y no tenía idea si realmente estaba buscando a alguien... O si al menos estaría viva.

Mario caminó por toda la zona, seguía consiguiendo botellas y desechos,

pero, no había señales de vida. Todo estaba muy raro y decidió parar un momento a pesar y tomar un poco de agua que llevaba consigo.

La noche parecía ser larga, pero, al menos estaba más clara de lo que imaginó en principio. Siguió su búsqueda, pero, la linterna comenzaba a fallar.

— ¡Condenados artículos baratos con los que nos equipan!

Escuchó un ruido de lo que pareció pisadas, pero, no estaba seguro si eran de una persona o algún animal. Volteó y tomó su arma, atento a lo que sucedía. Apuntó, pero, nada pasaba. Estaba pendiente si algún animal grande estaba por la zona, pues estos se tornaban algo violentos y realmente lo menos que quería era dañar a alguno, pero, si en su propia defensa debía hacerlo, lo haría.

Trató de revisar cada rincón y gritaba algo de vez en cuando esperando que alguien le respondiera, pero, nada de eso pasaba. Cuando estaba a punto de rendirse observó a lo lejos las marcas de lo que seguro eran las llantas de la bestia amarilla. Pero, ¿Por qué estaban en esa dirección? Nunca nadie subía hasta allá, pero, al parecer estos se habían atrevido a más. Claro tenían como hacerlo.

Mario, pensó por un momento en volver y pedir ayuda para hacer una búsqueda con helicóptero, la razón principal era que el camino hacia allá era bastante inclinado y no sería fácil llegar hasta arriba. Pero, cada segundo en la montaña contaba y más si eres una niña inexperta y es de noche. No había elección alguna, Mario se guindó en la espalda la escopeta y dio inicio a su escalada.

En ese momento Mario trataba de recordar todo su entrenamiento y mantener la calma ante situaciones de riesgo, afortunadamente era un hombre fuerte tanto de mente como físicamente y sabía cómo actuar ante diferentes situaciones. Una rama se enredó con su camisa y rasgó parte de ella, la piel no se vio afectada.

Ya podía ver una planicie y escuchaba el río correr cerca, se ubicó mentalmente donde estaba y no paró de caminar. Estaba cerca y podría tomar un respiro, esperaba que la chica estuviera allí y poder terminar con todo eso de una vez por todas. Dos zancadas grandes más y llegó arriba.

En esa parte los árboles eran más tupidos y la luz de la luna no se filtraba casi, Mario rebuscó en su mochila y encontró la segunda linterna, recordó la

mala calidad de la misma, hizo una mueca, pero, no tenía de otra. La linterna iluminó muchísimo y tuvo que cerrar los ojos por un momento mientras se acondicionaba. Parpadeó varias veces y lo logró.

Hizo lo más lógico y buscó las huellas de los neumáticos en la tierra, las siguió y fue fácil encontrar el punto en el que habían pasado la tarde. Encontró un desastre que en principio no entendió muy bien, pero lo peor estaba delante de él y era algo con lo que no quería conseguirse, Mario dio varios pasos hacia atrás, sostuvo la respiración durante un rato y el tiempo parecía detenerse.

Un antílope se mostraba firme y decidido a embestirlo en cualquier momento. Su larga barba blanca se movía con el viento inspirando respeto y peligro, estaba en posición de ataque, pero, al mismo tiempo ambos parecían tener miedo. Los segundos corrían y alguno de los dos tenía que dar el primer paso, Mario sabía que no quería hacerle daño, pues era él quien invadía el hogar del animal.

Los movimientos del hombre fueron lentos buscando su armamento, pensó por un momento que podría ahuyentarlo lanzando un disparo al aire, el problema estaba en realizar esa acción antes de que su oponente atacara. Estaban muy cerca y cualquier paso en falso podría poner en peligro su vida.

Mirando con atención al rumiante pudo observar que estuvo en alguna pelea por la defensa de su territorio, se podía observar fácilmente que era un macho y que había salido con algunas heridas un tanto graves según los cortes en su espeso pelaje. Sin duda alguna era un espécimen que sabía cómo defenderse.

El antílope levantó su pata delantera, pero, no caminó hacia adelante y por el contrario retrocedió unos cuantos centímetros, a pesar de ser el dueño de la zona, vio en Mario un peligro inminente. Sus ojos estaban clavados en la mirada del hombre, pero, parecían indefensos, no existía ningún tipo de maldad en ellos y quizás solo actuaba por instinto.

A pesar de no ser el primer encuentro del guardabosques con este tipo de criaturas no podía evitar sentir algo de miedo y su corazón palpitaba sin parar, se tranquilizó cuando por fin el antílope retrocedió y dirigió su mirada a otro lugar y fue lo mejor que pudo pasar para ambos. Esa noche había sido de encuentros con humanos para el mamífero. Mario siguió su camino y se concentró en su tarea.



No entendía como una chica se atrevería a alejarse tanto del punto donde pudieron haberla dejado abandonada, pero, tampoco estaba seguro si realmente ella se encontraba allí, solo estaba actuando de la manera correcta y dejaría de hacerlo cuando encontrara una solución a ese misterio. La noche seguía avanzando y cada vez la oscuridad era más profunda.

Por fin, y rogando que no fuera un juego de su mente, escuchó la voz desesperada de una mujer. Por el eco que producía parecía no estar muy lejos y emprendió el camino hacia el punto de donde provenían los gritos. Por un momento quiso responderle, pero, prefirió mantener la calma y caminar sigilosamente.

Sus pasos iban por el camino correcto, pues escuchaba la voz más cerca. El pedido de auxilio de la mujer era constante, pero, en ese momento se apagó lo que llevó a que él se detuviera y esperara un tiempo prudencial a que los gritos volvieran a envolver el ambiente, pero, no fue así, entonces fue él quien llamó.

— ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Solo se escuchó el viento.

Mario repitió la pregunta, pero, esta vez llevó sus manos alrededor de la boca usándolas como amplificadoras de su voz.

— ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Vengo a ayudarle!

Entonces hubo una respuesta, pero, irónicamente se escuchaba más lejana que al principio, esto llamó la atención de Mario por lo que aceleró el paso, imaginando que el peligro era inminente puesto que ahora la corriente del río rugía cerca y con fuerza, no había duda de donde se encontraba la chica.

El hombre sorteó árboles y maleza, trató de mantener la dirección a pesar de la oscuridad y se estaba dejando guiar por el mapa que dibujaba en su mente. Por fin llegó a un lugar más abierto y estaba frente al río.

— ¡Señorita, por favor trate de gritar lo más alto posible! ¡Necesito ubicarla!

Dos segundos después obtuvo una respuesta.

— ¡Por aquí!

El grito se escuchó ahogado por lo que seguramente estaba dentro del agua. Mario debía actuar inmediatamente.

Soltó su mochila y el arma, solo portando la linterna en su mano derecha, la cual apuntó directamente al río, que esa noche estaba abrumadoramente caudaloso, en busca de la chica.

Mario caminó con cuidado de no resbalar con alguna de las babosas rocas, seguía moviendo el haz de luz en todas las direcciones tratando de ubicarla mientras se adentraba más en el agua. Dos metros más adelante visualizó a una joven chica en posición fetal recostada de una roca, sujetándose de una rama que sobresalía de un árbol cercano.

— ¡Muy bien, señorita, la puedo ver, aguante un poco!

La fuerza de la corriente podía mover a Mario, y por eso, este adoptó una posición que le ayudase a atravesar el torrente sin tantos problemas y con el mayor cuidado posible. La chica estaba de espaldas a él y mantenía los ojos cerrados, estaba aterrada y muy tensa, él puso su mano sobre el húmedo y tembloroso hombro de ella y Jennifer sintió como si un ángel caído del cielo hubiese llegado a rescatarla.

## IV

### Noche oscura

La camioneta arrancó antes de que Jennifer se diera cuenta y se llevó por delante la tienda de campaña y todo lo que estaba a su alcance. Ella, por un instante no podía creer lo que estaba viendo y quedó petrificada en el sitio, cuando comenzó a correr ya era muy tarde. Tuvo la pequeña esperanza de que Christian estuviera bromeando, pero, no era así. Un escalofrío recorrió su espalda y no supo qué hacer más que llorar.

Paró su carrera y se llevó las manos a la cara, desolada y completamente aterrada, estaba sola en esas montañas que no conocía y no tenía ni la más mínima idea de cómo iba a salir de esa situación. Se arrepintió del momento cuando aceptó ir a ese estúpido viaje.

Jennifer trató de mantener la calma y pensar. Quizá si hacía el recorrido que hicieron en la camioneta podría llegar hasta donde estaba el hombre alto y guapo que vio cuando estaban llegando unas horas antes, pero, de pronto esa idea pareció desmoronarse.

Era imposible que pudiera hacerlo, primero y principal no conocía el camino realmente, pues iba tan distraída con los paisajes, que no le prestó atención y en segundo lugar, no lograría llegar antes del anochecer y así todo se complicaría más.

Pensó que lo mejor era mantenerse en el lugar y esperar al día siguiente, pero, como iba a pernoctar allí sin ningún tipo de protección, ella estaba segura que las cosas no serían de noche tan bonitas como lo eran de día. La falta de luz en una zona así haría que muchos animales salieran y quizá la vieran a ella como su cena.

La mente se le estaba llenando de cosas negativas, una tras otra iban invadiendo sus pensamientos. El frío, los animales, la sed, el hambre, la soledad, la espera; todo la atrapó en ese instante y de pronto soltó un grito que pareció más un alarido, Jennifer cayó de rodillas y se desmayó por uno diez o quince minutos.

Despertó con el sol completamente oculto y algunas estrellas en el cielo. Pensó que estaba soñando, pero, la realidad la golpeó sin remordimientos, no

estaba soñando y su situación era tan verdadera como el dolor que tenía en ambas rodillas. Trató de volver completamente en sí y se sentó para tratar de enfocar bien lo que haría.

Lo primero que pensó fue en la tienda de acampar, a pesar de que el cabrón de Christian la había destruido, quizá aún podía recuperarse algo, pero, cuando trató de unir las partes se dio cuenta que no lograría nada. Tomó un trozo de la lona y se lo colocó encima como para tratar de cubrirse un poco, pues su única vestimenta consistía en el pequeño bikini negro.

Examinó el área y encontró una peculiar formación rocosa cerca del río en la cual podría pasar la noche, las piedras formaban como una especie de pequeño bunker que quizá repelería un poco las ráfagas del viento nocturno y la mantendría algo caliente.

En ese momento pensó que debió haber sacado el encendedor de la camioneta, podría haber improvisado una fogata o algo parecido, realmente no tenía ni la más mínima idea de cómo se hacía algo así.

Se ajustó la lona sobre ella y fue hacia su pequeño bunker, que la verdad era menos cómodo de lo que parecía. Trató de acomodarse todo lo que pudo, pero, no se sentía bien. Estaba muy adolorida en ese momento por el golpe en las rodillas, pero, por primera vez se dio la tarea de revisar la herida.

Estaba abierta, pero, no era nada para preocuparse, sanaría rápido y por sí sola.

Se acurrucó entre las incómodas rocas y cerró los ojos. Se concentró en su alrededor y escuchaba el río, algunos grillos y otros animales que no estaba segura de cuales eran, pero, la verdad todos eran sonidos que la llenaban de paz y tranquilidad.

“Pero, recuerda que en las montañas hay serpientes”

— ¡Condenados animales, asquerosos y condenados animales!

Dijo entre dientes Jennifer.

La noche comenzaba a adentrarse más y más y llegó el momento en que la oscuridad se adueñó del espacio y del tiempo, todo estaba oscuro a pesar de que la luna iluminaba con su tenue luz. Jennifer había conseguido acomodarse de tal manera que su mismo calor corporal la estaba ayudando, pero, de pronto, algo con lo que no contaba.

Tenía ganas de orinar, era lo más normal del mundo y ella no lo había tenido entre sus planes, pensó en hacerlo en ese mismo sitio, pero, no soportaría estar toda la noche entre su orine. Esperar era la otra opción, pero según sus cálculos serían quizá las 7:00 pm, entonces realmente, ¿aguantaría 12 horas sin orinar? Era algo imposible.

No había más opción que levantarse y descargar en el río o lo más cerca que se pudiera, porque la verdad la corriente que llevaba esa noche era bastante fuerte. Ella no estaba segura si siempre era así, pero, la verdad parecía más fuerte que durante el día cuando se bañó un par de veces. A su mente vino lo maravilloso que la estaba pasando horas antes y ahora todo era tan diferente, no era para nada justo.

Entonces también pensó en Christian, Antonio y, por supuesto, en María. No se había detenido a analizar la situación de ella, quizá también la habían lanzado en algún lugar de la montaña o quizá... Una idea le vino de pronto, pero, la desechó de inmediato.

— Seguramente está bien... Y tú también lo estarás, Jennifer.

Tratando de darse fuerzas a ella misma. Lanzó un sollozo, pero, su vejiga la sacó de concentración mandando una señal de alerta.

Decidió pararse en ese momento y caminar un poco más lejos. Se acomodó la lona y se puso en camino. La rodilla le lanzó una puntada inclemente que hizo que se detuviera, hizo una mueca de dolor y después siguió caminando, en ese momento dio gracias por tener puestas las sandalias cuando el psicópata de Christian decidió dejarla botada en la montaña.

Buscó apoyo con una roca, se agachó y se hizo el bikini a un lado para dejar fluir el líquido. Un minuto más tarde estaba lista para volver, pero, las cosas no iban a ser tan fáciles.

Un monstruo de cuatro patas estaba frente a ella y la veía fijamente. Jennifer se quedó helada en el lugar, su corazón palpitaba sin parar y nuevo escalofrío la recorrió completamente. Comenzó a temblar involuntariamente y su primer impulso fue correr, sin pensar a donde ni como, solo quería escapar del sitio.

Le dio la espalda al monstruo y prácticamente a oscuras y cegada por el miedo, se abrió paso. Estaba segura que la perseguía y que en cualquier instante saltaría sobre ella y se la comería. Tal cual lo pensó en un principio cuando todavía el sol brillaba con timidez. Siguió corriendo hasta que las

piernas no aguantaron más y la rodilla envió otra puntada y más fuerte esta vez.

Sin dudar lo volteó esperando lo peor, pero, detrás de ella no había nada, estaba sola, y por primera vez, esa soledad la tranquilizó. Tomó un respiro durante cinco minutos y se incorporó de nuevo, solo que ahora había un grave problema, no sabía dónde estaba. El miedo la hizo correr lejos, pero, sin rumbo.

Las cosas estaban empeorando, ahora estaba más extraviada aun y había dejado caer la lona justo cuando emprendió la huida. Se tomó de las manos y miró a su alrededor, estaba desolada. Comenzó a llorar de nuevo.

Pudo calmarse un instante después, pensando que el llorar podría ayudarla a deshidratarse más rápido, respiró y trató de buscar el camino de vuelta. Lo más lógico era seguir el río, cuando salió corriendo estaba junto a él, entonces sería cuestión de volver bordeándolo, así quizá llegaría hasta el punto donde estaba y seguiría esperando hasta que saliera el sol para intentar volver hasta el puesto del guardabosques. Quizá conseguiría en el suelo la lona con la que se estaba abrigando y así mitigaría un poco el frío que ya le estaba afectando.

Pero, justo cuando dio el primer paso, lo retrocedió.

“¿Y el monstruo de cuatro patas?”

— ¡Carajo!

Mientras buscaba una manera de volver se había olvidado por completo de ese pequeño detalle. De la misma manera en que ya podría haberse marchado, podría estar ahí esperando por Jennifer y ahora sí la haría su cena. Pero, algo debía hacer, el clima se estaba volviendo inclemente y ella estaba a la deriva, sola allí parada sin muchas opciones.

Hizo lo mismo procedimiento que cuando encontró su pequeño bunker. Miró hasta donde la vista le permitía, pero, en ese punto las cosas estaban más complicadas. Entonces comenzó a caminar de nuevo, pero, con más cuidado.

Un árbol enorme mostraba sus raíces por encima del terreno y estas formaban huecos en forma de cueva y eso sería genial para pasar la noche, de seguro tenían insectos que no la dejarían dormir, pero, era mejor que morir congelada. Solo había un problema.

Las raíces estaban del otro lado del río y la única forma de llegar era

atravesándolo, Jennifer no se arriesgaría a luchar contra esa fuerte corriente, era muy riesgoso y no quería seguir adentrándose más en la montaña, pensaba que mientras más se moviera más difícil se le haría salir.

Continuó observando las opciones.

Unos pasos más abajo sobresalían unas piedras las cuales podría usar como puente para pasar hasta el otro lado, justamente formaban una línea de rocas y esas eran las cartas sobre la mesa. La jugada estaba lista.

Sin pensarlo mucho, lo intentó. La primera piedra parecía estable y ella pisó con fuerza solo con un pie antes de probar con todo su peso. Tomó el riesgo, pero, en la segunda piedra resbaló y cayó directamente al río, Jennifer tomó un respiro antes de entrar al agua y lanzó sus brazos a la nada tratando de sostenerse de algo y lo logró.

Se aferró con todas sus fuerzas para evitar que la corriente la arrastrara y poder seguir teniendo esperanzas de que seguir viviendo. Sin soltarse se fue moviendo con cautela hasta una inmensa roca para tratar de sostenerse de ella y con mucho esfuerzo lo logró. El agua le inundaba la cara y no le daba mucho chance de respirar, pero, luchó contra eso buscando la manera de mantener el rostro fuera.

Jennifer había escuchado una vez que justo cuando las personas están en riesgo de morir, su vida pasa como una película por sus mentes y en ese momento a ella le pasaba exactamente eso.

Estaba pensando en su mamá. Tenía alrededor de dos semanas que no hablaba con ella, pero, no porque no quisiera sino porque el trabajo no se lo permitía. Ni siquiera le avisó que estaría en esa montaña, ahora sí moría, su madre no sabría donde buscarla y eso hizo que Jennifer comenzara a llorar de nuevo.

Pensó en su amiga María, en el beso que le dio Christian, en el monstruo de cuatro patas. Pensaba en la universidad, en su perro, en todo lo que no había hecho. Lloraba con cada recuerdo bien sea por felicidad o rabia, lo cierto es que estaba metida en tremendo problema del cual debía salir lo antes posible.

No le quedó más que gritar con el mayor volumen de voz que poseía, sabía que no aguantaría mucho ahí y que pedir ayuda era lo único que podía hacer.

Con el ánimo por el suelo la joven seguía gritando por ayuda, ya era como

algo mecánico que salía de ella, su mente estaba en otro lugar y estaba jugando con ella, los brazos comenzaron a desmayar e imaginó que alguien le respondía. Su deseo porque eso pasara era tan fuerte que se repitió la respuesta, pero, esta vez se escuchó con más fuerza y de pronto Jennifer volvió en sí.

Gritó con más fuerza.

Escuchó la respuesta, estaba segura de que le estaban respondiendo, era la voz de un hombre. Eso la llenó de fuerzas y se mantuvo en el lugar con gallardía y esperanzas.

Por fin, sintió que la agarraron del hombro y se soltó, la voz del hombre ahora parecía difusa y lejana, pero, lo sentía, sabía que la tenía entre sus brazos y ya no moriría río abajo. Ella abrió los ojos con dificultad y observó un rostro conocido, pero, no estaba segura de dónde. Quizá era su mente que seguía lanzándole órdenes cruzadas.

Jennifer sintió cuando la colocaban sobre un terreno estable y se desmayó.

Mario la acomodó lo mejor que pudo, cubriéndola con una manta que llevaba en la mochila y se dedicó a prender una fogata antes de que el frío acabara con la joven, además, él también debía secar su ropa para no resfriarse.

Observó las heridas de la atractiva mujer, no parecían ser graves, pero, de seguro le estarían doliendo durante unos días. Ya cuando amaneciera él la llevaría al hospital y allí le daría el diagnóstico oficial, por ahora, lo importante era mantenerla caliente y lejos del río. Había tenido mucha suerte de que él finalmente la encontrara y que los golpes no comprometieran su vida.

El panorama pasó de un sueño a una visión difusa y muy borrosa para Jennifer. Le dolía la cabeza y eso fue lo mejor, sentir dolor implicaba que estaba viva, pero, justo cuando movió la cabeza parecía que una lanza la atravesaba completamente, se quejó un poco, pero, nada más.

Ladeó su cabeza hacia la izquierda y observó a un musculoso y gran hombre echando leña en una fogata. Estaba sin camisa y lucía unos pectorales de película que se combinaban perfectamente con los enormes y definidos brazos. Era todo un guerrero, era... ¡Era el guardabosques!

Cerró de nuevo los ojos con fuerza, pensando que aún estaba aferrada a la



roca y estaba delirando, pero, no al abrirlos de nuevo seguía en el mismo sitio y tenía la misma compañía. Lo observó con calma de nuevo y después decidió pararse haciendo a un lado la manta con la que estaba cubierta. Otra lanza puntiaguda la traspasó dándole un pinchazo en la cabeza lo que hizo que ella cayera de nuevo y se tapara los ojos con la mano.

— No deberías levantarte aún, estás débil. Ahorra energías. Vamos, recuéstate de nuevo y trata de descansar.

De cerca, su rostro era más hermoso y ella se limitó a escucharlo y a regalarle una sonrisa justo antes de caer dormida de nuevo.

Mario la cubrió de nuevo, pero, no sin antes darle un vistazo al par de senos de la chica. Era imposible no mirarlos, pero, más imposible era concebir la idea de tener semejante belleza tan cerca y no poder hacerle nada, no poder tenerla.

Qué deseo tan grande de hacerla suya en esas montañas donde podrían converger todas las formas de hacerle el amor y dejarla exhausta de placer. Pero, las cosas debían hacerse de una sola manera y por ahora ella necesitaba descanso para que pudiera recuperarse, pero, ya Mario tenía algunos planes para ella. Y para él.

## V

### Atracción sin límites

Mario miraba a Jennifer. La chica estaba profundamente dormida y él se preguntaba qué había pasado exactamente el día anterior, todo era muy extraño. A pesar de estar ahí con ella, seguía pendiente de los otros jóvenes que bajaron a la ciudad en la camioneta, se veían bastante alterados y más que irse, estaban huyendo. Pero, de eso se encargaría pronto.

El hombre fue poniendo sobre ella prendas de su ropa que ya se habían secado con el calor del fuego. Él estaba bastante acostumbrado al clima y se había quedado en ropa interior cerca de la fogata, atento y cuidando a la chica. Jennifer estaba completamente cubierta y, a excepción de algunos gritos ahogados durante las primeras horas producto seguramente de algunos sueños o pesadillas, descansaba plácidamente y parecía no haber estado más cómoda antes.

Cerca de las 2:00 am, Jennifer comenzó a despertarse y de nuevo entre dormida y despierta observó al guardabosques, pero... ¿Acaso ahora estaba en ropa interior? En ese momento se dio cuenta que estaba completamente cubierta con la ropa del hombre, se sentía mejor y ya no tenía frío en lo absoluto, hasta sus cabellos se habían secado casi en su totalidad.

Antes de decir algo, quiso despertar bien para ver por un rato ese monumento que estaba al lado del fuego. Sentado con un arma en los muslos y mirando alrededor, era un vigilante de la noche, se había convertido en un héroe para ella y no podía creer que eso fuese así. Quizá, haberla dejado en la montaña no fue tan malo al final de cuentas.

Jennifer quería sentarse, pero, no podía dejar de observarlo, era una atracción única hacia él, pues nunca había tenido la oportunidad de estar tan cerca de alguien así, con esas dimensiones, con ese porte, con esos músculos y con ese rostro tan encantador... Y además la había salvado de la muerte. Ella estaba flechada.

Recordó que debajo de toda esa ropa solo usa el bikini y pensó que él ya la había visto así, pero, de seguro ni se había percatado de eso, parecía ser un hombre muy profesional y no estaría viendo jovencitas en bikinis, y a juzgar por las características antes mencionadas del guardabosques, él habría visto

cualquier cantidad de mujeres. No necesitaba ver más.

— Hola. Creo que necesitas tu ropa.

Jennifer le hablaba mirando al suelo, estaba un poco intimidada, no acostumbraba a estar con hombres en ropa interior.

Mario volteó sorprendido, no pensó que ella despertaría tan pronto.

— Oh, no. Sigue usándola, necesitas mantenerte lo más cálida posible, pues estuviste mucho tiempo en el río.

Él se levantó y fue hasta donde ella permanecía llevando una botella de agua. Sin poder evitarlo, Jennifer subió la mirada directamente hacia el enorme bulto que se hacía en la ajustada ropa interior de su héroe y se sonrojó un poco, después dirigió su vista hacia otro punto para evitar que se diera cuenta.

— Anda, bebe un poco. Necesitas hidratarte.

Mario se agachó de cuclillas y la vista se hizo ahora más interesante. Jennifer trató de mantener la compostura y manteniendo con uno de sus brazos la ropa que tenía encima levantó un poco la cabeza (que ya no dolía como antes) y bebió un poco. Se ahogó, pero, después tomó una cantidad considerable.

Se acomodó mejor y extendió su mano al hombre.

— Soy Jennifer y creo te debo mi vida.

Mario sonrió mientras veía bien el rostro de la chica. Era muy hermosa.

— Soy Mario y no me debes absolutamente nada. Hice lo que debía hacer.

Ambos se quedaron clavados en la mirada del otro y después reaccionaron.

— Son apenas las dos, creo que deberías seguir descansando hasta que amanezca y podamos bajar a la ciudad. Yo estaré vigilante de que todo esté bien hasta que puedas volver a casa, así que solo confía en mí.

Ella se recostó de nuevo sin chistar y vio caminar hacia lo que parecía ser el puesto de vigilancia del hombre, ella aprovechó para dar una mirada a la parte trasera. Nada mal.

Mario caminaba y se sentía seguro de sí mismo, estaba claro que llamaba la atención de las chicas que lo miraran, y ésta en particular no había podido evitar ver su paquete desde el primer momento, quizá fue un impulso, pero él ayudó cuando le llevó el agua. Ahora sentía una extrema curiosidad por la

chica.

Las horas pasaron y mientras Jennifer seguía en un sueño profundo, ya Mario estaba recogiendo las cosas. Las estrellas estaban desapareciendo del firmamento y por el este se asomaban los primeros rayos del sol de ese nuevo día. Esperó paciente a que la chica despertara sola, quería que descansara lo más que pudiera, pues le tocaba un buen trecho por recorrer.

Pero, ella no tardó mucho en despertar y comenzó a revolverse entre la ropa que tenía encima y sintió una felicidad enorme cuando por fin vio que todo estaba aclarando y que el día llegaba. Sintió alivio y hasta una sonrisa se dibujó en su rostro. Seguía un poco mareada, pero ya era hora de levantarse y buscar la manera de salir de ese lugar.

Se colocó la camisa de Mario, la cual le llegaba hasta más abajo de las rodillas y buscó a su alrededor al hombre para al menos entregar el pantalón, pero, no lo veía por ningún lado. Claramente no se había ido, sus cosas seguían en el lado de la fogata, incluyendo su arma.

Ella se arregló un poco el cabello y caminó con alguna dificultad y dolor hasta el río para lavarse un poco la cara y terminar de despertarse. De día las cosas se veían completamente diferentes, el terrorífico lugar se había transformado en lo que era realmente, un sitio espectacular donde provocaba permanecer todo el tiempo posible. Se quedó mirando el paisaje por un rato, pues no quería llevarse una mala impresión de esas maravillosas montañas, era mejor grabar las cosas buenas.

Respiró profundamente y trató de sacar de su mente todo lo que había pasado la noche anterior, menos el haber conocido a Mario. Eso, estaba segura, la perseguiría sin descanso y para siempre. O al menos por un buen tiempo. Era un hombre espectacular y quería saber más de él, aprovecharía el camino de vuelta y lo conocería mejor.

Se sentó en un tronco y observó como Mario emergió del río. Ella por poco pierde la razón al verlo caminar, era un Dios. Ahora con la luz del sol todo se veía mejor, eso era definitivo.

Cada uno de los músculos del hombre se movían armónicamente mientras el agua se escurría de su cuerpo con soltura, y la escena parecía pasar en cámara lenta, ella estaba en anonadada y su mente se quedó en blanco. Ella trató de quitar la mirada de encima de él, pero, no pudo, lo siguió hasta el momento

en que llegó y se paró frente a ella.

— Buen día, Jennifer. Veo que estás mejor.

Pasaron unos cuantos segundos, que parecieron una eternidad, hasta que ella pudo decir algo.

— Buen día. Yo...

Ella tragó grueso. Su corazón palpitaba con fuerza.

— Yo... Bueno, tu pantalón está allí. No sé si tu...

Estaba demasiado nerviosa y prefirió callar. Señaló hacia el lugar donde estaba la prenda de vestir y bajó la mirada con su rostro rojo como un tomate.

Mario sonrió.

— Gracias, pensaba que me harías bajar así hasta la ciudad.

Ambos rieron y eso rompió un poco el hielo.

Con el pantalón puesto, recogió su mochila y la escopeta. Sin su camisa se asemejaba a Rambo, pensó ella.

Comenzaron su camino de regreso.

Jennifer comenzó a reconocer algunos lugares ahora, era como ir en retroceso con todo lo que había pasado la noche anterior. Otros no eran procesados por su memoria, pero, de seguro fueron aquellos que recorrió despavorida después de ver al monstruo de 4 patas. Unos minutos más tarde llegaron al lugar donde había estado con sus amigos la tarde anterior, parecían de mentira todas las cosas que habían sucedido en menos de 24 horas.

— ¿Quieres hablar de lo que sucedió ayer aquí? La verdad tengo muchas preguntas que hacer.

— La verdad no. Estoy muy confundida aun y...

La voz se le quebró. Eso hizo que Mario confirmara su preocupación acerca de lo acontecido.

— Calma. Ya habrá tiempo para eso. Pero, ahora quiero que te subas en mi espalda para bajar esta pequeña colina, con las rodillas como las tienes, no creo que puedas hacerlo por ti sola.

— Ya has hecho mucho como para que también tengas que cargar conmigo.

Déjame intentarlo al menos.

— Esta bien, pero, solo pisa donde yo lo haga. Sígueme.

Jennifer miró hacia abajo y notó lo empinada que era la cuesta. Pero, calló.

Observó con detalle los movimientos de Mario e intentó copiarlos, los primeros dos pasos fueron bien, pero, él tenía razón y las rodillas le dolían como para exponerlas a ese trabajo ahora. Resbaló una vez y después trastabilló.

— ¿Estás bien?

— La verdad no.

— Ahora deja de ser tan terca y súbete en mi espalda, ahorraremos tiempo y tú no sufrirás tanto.

Ella accedió sin decir una palabra. Se montó sobre la enorme espalda y sus brazos se entrelazaron a la altura de los fuertes y formados pectorales de Mario. Ella se sentía en la gloria, con delicadeza, en ocasiones acariciaba la piel e iba con los ojos cerrados, no solo para evitar ver hacia abajo, sino para disfrutar de estar donde estaba. Apretó con más fuerza.

La distancia era relativamente corta y él bajó sin ningún esfuerzo a pesar de tenerla encima. Notaba que ella se aferraba con fuerza y no sabía si era por miedo o por pasión, lo cierto es que estaba tranquila y parecía disfrutar del viaje. Unos minutos más tarde, estaban ya en un terreno más plano y ella se bajó.

— No estuvo tan mal, ¿cierto?

Ella sonrió con vergüenza, se arregló un mechón de cabello detrás de la oreja derecha y esperó las instrucciones.

— Ahora recortaremos camino por este lado, la vía por la que suben los vehículos es más larga, pero, primero espera aquí.

Mario se adentró entre la vegetación hasta que se perdió de vista. Momentos más tarde apareció con las manos llenas de lo que parecía una fruta o algo así.

— Come un poco de esto, no te quitará el hambre, pero, si te dará un poco de energía.

— Está bien.

Ambos comieron y continuaron con su camino.

La conversación no fue muy fluida durante el descenso. Mario parecía molesto o quizá estaba muy concentrado en lo que estaba haciendo, algunas partes del camino se hacían difíciles y él ayudaba a Jennifer, bien sea cargándola o tomándola de la mano para aliviar el peso a ella. El sol comenzaba a calentar un poco más.

Todo esto le dio tiempo a Jennifer de pensar lo que había sentido por Mario. Si bien es cierto que un hombre como él es único, al menos para ella, existía una atracción más allá de mirar espectaculares músculos y deleitarse con todo el resto de su cuerpo.

“Ese bulto que sobresalía de la ropa interior era inmenso”

Esa imagen no se le salía de la mente y le encantaba. En sus pensamientos podía tocarlo y sentirlo y poco a poco iba creciendo.

Su mente estaba volando mientras caminaba.

— ¡Oye, Jennifer! ¿Estás bien?

Ella no se había dado cuenta que se habían detenido y él estaba tratando de saber si necesitaba un tiempo para descansar.

— Sí, claro. Estoy bien.

— Pensé que sería bueno tomar un descanso. Aun debes estar débil.

— Perfecto. Si me sentaría muy bien.

Mario sacó la botella de agua de la mochila y le ofreció a ella. Después tomó él y se echó un poco por el cuello y el pecho. Para Jennifer esto era fenomenal, él sin dudas la estaba seduciendo, invitándola a mirarlo y regocijarse con eso. Quizá lo mismo pasaba la tarde anterior con Christian, cuando le miraba los senos sin parar.

Eso le dio una idea.

— El clima de esta montaña me gusta, pero, el calor se ha hecho más insoportable con la caminata, ¿no te parece?

Jennifer comenzó a desabotonarse la camisa y se la quitó dejando ver sus extraordinarios pechos ataviados del pequeño bikini negro. Por primera vez en su vida se sentía sexy, quería que ese hombre la mirara y la deseara. La

mirada de él cambió por completo y, sí, había funcionado, él la miró y la deseó, aunque no dijo absolutamente nada.

— ¿Seguimos? — Dijo ella.

— Sí, por su puesto.

Ya habían entrado en la fase final del camino y desde ahí se podía ver la cabaña, donde de seguro tendrían que hacer una parada para por lo menos descansar y buscar algo de ropa. Ella reconoció el punto cuando observó el cono naranja en la vía, sintió una gran alegría y la calma volvió a ella.

— Yo vivo aquí, es una cabaña que construí hace ya algunos años, me parece una buena idea que vayamos a buscar algo de ropa y comer algo.

Jennifer sintió un poco de miedo, pero, no podía decirle que no a Mario, no solo porque él le había salvado la vida y se había comportado de maravilla con ella, sino porque estaba hipnotizada, estaba deseosa de él.

— Si no hay problemas con tu esposa o algo... Pues, me parece buena idea.

— ¿Esposa?

Mario soltó una carcajada.

— No hay esposa ni nada, vivo solo, así que no hay ningún tipo de problema.

Subieron un pequeño sendero y Jennifer quedó maravillada con la residencia, era muy acogedora y además parecía estar llena de paz. Por su parte Mario no había llevado a una mujer a su casa desde hacía mucho tiempo, trataba de no meterlas hasta allá para evitar confusiones y visitas inesperadas.

Mario salió con una toalla, jabón e invitó a Jennifer a tomar un baño en la ducha con agua caliente.

— No tengo ropa para damas, pero, siéntete libre de tomar lo que necesites de mi ropero, para al menos poder bajar a la ciudad y llegues a casa.

— Te agradezco todo lo que haces por mí, Mario.

Ella tomó las cosas y se dirigió al baño no sin antes quitarse la camisa que tenía amarrada de la cintura.

— Ten. Creo que esto es tuyo.

Jennifer estaba prácticamente poseída por el deseo.



Mario tomó la camisa y vio como las nalgas de la chica se alejaban y se perdían detrás de la puerta de baño. Divina.

Él respiró profundamente tratando de contener sus instintos y su ardiente deseo, pero, ella estaba tratando de incitarlo, ella también quería eso, entonces había que darle lo que necesitaba, pero, no en ese momento.

Mientras ella estaba dentro del baño dándose una ducha las cosas afuera se estaban poniendo buenas para que a su salida todo se diera de la manera correcta, nadie iba a irse de esa cabaña sin tener lo que deseaba y ambos sabían lo que realmente querían.

## VI

### Pasión desbordada

Solo una mujer había despertado ese lado oscuro de Mario y desde ese momento nunca más había dejado que pasara. Era esa la razón por la que nunca viajaba de noche a la ciudad, para mantenerse alejado de las tentaciones y de todo lo que podría llevarlo a eso.

Fue aquella noche cuando la encontró en un bar y lo atrajo con su belleza encantadora, parecía tener un imán para los hombres, pero, ella lo escogió a él desde el principio. Lo hizo con una mirada profunda y seductora a la que él no pudo resistirse.

Pasaron la noche hablando y bebiendo, para después dar paso a una serie de acontecimientos que parecían estar llevados por una fuerza exterior que Mario no podía controlar, pero, que para ella parecía ser algo normal.

Salieron del lugar y ella pidió que la llevara a donde pusieran estar solos.

— Quiero que estemos solos. Llévame a un sitio donde pueda liberarme y darte todo lo que deseo.

Mario la miraba con deseo y pasión, ya en sus pantalones sentía una erección prominente que no sabía cuándo había comenzado. Él encendió el motor de su coche y arrancó buscando algún hotel en la ciudad.

Mientras maneja, ella puso su mano en la entrepierna de Mario y comenzó a masajearle el pene mientras que, con su otra mano se acariciaba lentamente el cuello y el pecho y se retorció de placer mientras decía algunas cosas entre dientes que él no podía entender muy bien, pues su mente se encontraba en una encrucijada de placer y concentración para poder seguir conduciendo.

— No me lleves a un hotel. Llévame a donde pueda ver las estrellas.

Mario lleno de deseo y lujuria se aparcó detrás de un edificio que estaba en plena construcción, dio la vuelta al coche y al abrir la puerta tomó a la mujer con fuerza.

De un solo envión la levantó y con violencia la dejó caer sobre la maletera del coche, le rasgó el vestido rojo y salieron a la vista un par de senos vestidos con un sostenedor negro de piel. Parecía algo genuino, pero, para ese

momento no le importó.

La mujer estaba como poseída y terminó de sacarse el vestido para quedar semidesnuda bajo la luz de la luna en ese recóndito lugar. Las bragas parecían ser del mismo material que el sostenedor y a pesar de ser una tela algo extraña, Mario en ese momento solo estaba pensando en hacerla suya a como diera lugar.

La tomó por la cintura ya con su pene fuera del pantalón y la penetró hasta chocar su cuerpo con el de ella, la mujer gritó de manera particular y la verdad sonó como un alarido, las uñas de ella se clavaron en la espalda de su amante nocturno haciéndolo delirar de placer.

Las penetraciones no paraban y ella no hacía lo suyo con sus gemidos y alaridos, gritos y palabras obscenas que cada vez se escuchaban más extraño. Unos perros callejeros que estaban cerca del lugar comenzaron a ladrar ante el ruido que producía el apareamiento de estos dos seres que parecían venir de otro planeta.

Los amantes estaban sumergidos en un océano infinito de pasión del cual no iban a salir hasta quedar completamente satisfechos. Mario le arrancó el sujetador con los dientes, parecía un animal, estaba siendo manejado por algo que no conocía realmente, pero, su mente estaba concentrada en dar y recibir lo que ambos deseaban.

La mujer sonreía mientras él era más violento, le gustaba que las penetraciones fuesen fuertes y sin ningún tipo de delicadeza, ella lo abofeteó un par de veces y eso solo hizo que se encendiera más. Sus grandes manos la tomaban por la cintura y movían el cuerpo de la chica a placer, los senos rebotaban y ella se los agarraba para apretarlos.

La levantó sin ningún problema y gritó mientras lo hacía, la mujer quedó tendida y expuesta de espaldas en la maletera que se abolló un poco después que ella cayó. Una carcajada salió de su boca y después sintió como el fuerte hombre la embestía de nuevo con su enorme pene. Los gemidos no paraban y de pronto Mario soltó una nalgada que la marcó inmediatamente. Jalándola por el cabello hizo que se arqueara su espalda lo que le dio un mejor ángulo para follarla.

El coche comenzó a rechinar con los bruscos movimientos, ella pedía más y Mario estaba a punto de correrse, sus cuerpos no paraban de chocar y de

pronto, justo antes de venirse dentro de ella, él gritó de nuevo con una voz diferente, algo que en su interior sabía que no era normal.

La mujer sintió como todo se chorreaba dentro de ella, no pudo contenerse y gritaba sin parar. Los perros acompañaban esos alaridos y Mario volvió a gritar con más fuerza, lo que hizo que algunos de los canes chillaran y callaran. Empujó a la mujer dejándola tirada y desolada. Él, con el impulso, dio unos pasos hacia atrás y cayó al suelo. Se sentía vivo, dentro de su cuerpo corría una energía que jamás había experimentado.

Sus músculos estaban contraídos como si acabara de salir de una sesión de pesas en el gimnasio. Sudaba a chorros y su respiración estaba entrecortada, movió la cabeza hacia arriba buscando aire para poder calmarse.

Comenzó a escuchar que la mujer reía y entonces volteó a mirarla, pero, ya no estaba sobre la maletera del coche, quizá estaba adentro tratando de vestirse.

Mario esperaba con paciencia la calma que viene después del sexo, pero, esta no llegaba, y por el contrario su erección estaba intacta y comenzó a sentir más y más deseo por lo que se levantó a buscar de nuevo a la mujer.

El coche estaba desierto, pero, las ropas seguían en el suelo, volteó tratando de ubicarla, pero, fue en vano. No podía estar por ahí caminando desnuda, tenía que estar cerca, escondida o algo, era imposible que desapareciera de esa manera. Mario daba vueltas sin parar teniendo como consecuencia el mismo resultado, una calle y un coche desierto. Entonces, asustado se subió en el coche y arrancó de nuevo al bar donde había estado con la mujer.

En el camino, pensó que quizá había devuelto o que posiblemente solo salió despavorida después que él la tratase con tanta violencia y buscó ayuda para que alguien la sacara de ese lugar. A pesar de tener su mente ocupada con eso, la erección seguía sin desaparecer, su respiración seguía estando agitada y su cuerpo necesitaba más sexo.

Llegó al bar, y la verdad, ya no estaba buscando a la misteriosa dama, miró en las mesas y consiguió lo que buscaba.

Una chica bebía sola. Usaba una falda muy corta y sus largas piernas estaban a la vista de todos, parecía estar distraída con el hombre que tocaba la guitarra sobre el improvisado escenario del lugar y Mario se le acercó tratando de mantener la calma, realmente no entendía qué era lo que le

sucedía.

Se sentó al lado de la mujer y le habló al oído, las palabras que pronunció no las había pensado jamás, pero, le funcionó. Ella salió en ese mismo instante con el del bar y la llevó a la parte trasera del mismo.

Allí la folló tan fuerte como a la otra mujer y sentía como dentro de él crecía algo que no podía detener.

Los gemidos eran ensordecedores, el encuentro fue más rápido aun, pero, ella quedó satisfecha y exhausta. Mario la miró con ojos desafiantes y ella entendió que se lo haría de nuevo. Era una bestia de hombre y la chica estaba tan complacida que no lo quería dejar ir.

Después de hacerlo tres veces, Mario no conseguía la satisfacción necesaria y entonces dejó el lugar sin entender realmente qué era lo que le sucedía. Subió a su coche de nuevo y miró por el retrovisor, detrás solo estaba la calle y arriba entre las montañas brillaba una luna llena espectacular. Se fue a su casa en la montaña y no salió de ahí hasta el siguiente día.

Despertó sobresaltado justo antes que el despertador sonara, el haber descansado le había hecho bien y tenía la mente un poco más despejada. Solo podía pensar en lo que había sucedido la noche anterior, había muchas cosas que no tenían sentido y otras que necesitaban una explicación correcta para que se hicieran lógicas. Por un momento creyó que podía ser un sueño, pero, descartó de inmediato esa posibilidad.

Trató de mantenerse sereno durante ese y los días siguientes y comenzó a evitar salir a la ciudad de noche, por mucho tiempo se alejó de tener relaciones sexuales y decidió mantenerse en casa mientras podía encontrar todas las respuestas que necesitaba.

Fue superando el episodio poco a poco, lo único que lo tenía un poco inquieto era la desaparición de la mujer que había follado en el edificio en construcción. Pero, continuaba dándole la explicación más sencilla que era esa donde había huido en busca de ayuda o simplemente se había ido asustada.

Varias semanas más tarde cuando salía del trabajo quiso ir a tomarse unas cervezas en el mismo bar de la vez anterior, quizá allí encontraría a la mujer y le pediría disculpas o tal vez le podía dar una explicación.

Entró en el lugar y se sentó en la barra, minutos después recibió una cerveza.

— Se la envía la señorita de la mesa de allá.

El mozo señaló y Mario volteó.

No era la primera vez que eso le sucedía, de hecho, pasaba con frecuencia, era algo a lo que estaba acostumbrado. Con un gesto dio las gracias, pero, más que eso quiso levantarse a hablar con la chica, que además de todo, se veía muy bien desde lo lejos. Ella, por supuesto, aceptó que Mario se sentara y comenzaron a hablar.

No dejaba de ver a la chica con deseo, pues la verdad estaba mejor de lo que esperaba. Tenía una hermosa sonrisa, pero, lo mejor para Mario es que estaba loca por él, ya se lo había demostrado y esa noche pasaría lo que tenía que pasar como con todas las chicas que le habían invitado una cerveza.

— ¿Te gustaría que te follara de una manera inimaginable y que no puedas olvidar jamás?

La mujer se sonrojó, y se sintió completamente intimidada por el atractivo hombre, pero, era una oferta que no podía rechazar, además ella estaba soltera y tenía algo de tiempo sin tener sexo. Salieron juntos e iban directo a un hotel cuando pasó por el edificio en construcción y se detuvo súbitamente. Ella lo miró extrañada.

— ¿Pasa algo?

Al pasar por ahí su mente se conectó directamente con lo que había pasado unas semanas antes allí y comenzó a sentirse de nuevo como aquella vez, su deseo y morbo se multiplicaron y necesitaba dejarlos salir inmediatamente.

— Tengo una mejor idea.

Puso marcha atrás y dejó el coche justo donde lo había hecho antes.

La chica lo buscó para besarlo y este la sorprendió bajando el asiento hasta prácticamente dejarlo de manera horizontal, se subió sobre ella, le levantó la falda y la folló como le había prometido, no una, ni dos ni tres veces, sino cuatro veces en menos de un par de horas.

Mario se había convertido en una violenta máquina sexual, y cada una de sus víctimas quedaba en completo shock después de experimentar placeres impensables.

Esa noche dejó a la chica en su casa y se fue a la cabaña aun con deseos de tener sexo, pero, estaba notando algo que no era normal. Cuando estaba con esas mujeres su mente parecía entrar en un trance y se convertía en otra persona, alguien que él no conocía realmente, pero, la sensación de placer y la adrenalina eran sobrenaturales.

Pensó que se convertía mentalmente como en una bestia que desbordaba deseo y estaba dispuesto a dar placer, se convertía en un ser que utilizaba su cuerpo como arma para satisfacer a las mujeres escogidas. Pero, se estaba poniendo cada vez más violento, y eso era algo que podía salirse de sus manos mientras su mente está en otro mundo, cuando no era realmente él, pensó que en algún momento podría hacerle daño realmente a una de ellas y eso no era lo que quería.

Esa noche en la cabaña, mientras se tomaba una cerveza en la terraza, estuvo pensando muchas cosas, sobre todo en lo que pudo hacer que esa situación despertara dentro de él, y entonces miró algo que le llamó la atención, pensó que sería una locura, pero, era mejor averiguar algo al respecto.

Al siguiente día Mario salió muy temprano de su casa y fue a la librería de la ciudad, donde buscó algunos libros para hacer investigaciones acerca de algo, que, para él, era una locura, pero, que quizá lo sacaría de una duda. Pasó toda la tarde averiguando y tratando de hacer conexiones entre lo que leía y lo que estaba en los textos, algunas cosas coincidían y las anotaba en un cuaderno aparte, otras, hasta risa le causaban.

Pero, en muchos de los textos hablaban de algo en particular y era en la visita a un psiquiatra, el cual podría ayudar a las personas con algún tipo de trastorno. No lo vio como una mala idea ya que esta violencia podía desencadenar algo peor de lo que él no quería sentirse responsable.

Mario se quedó dormido con los libros sobre la mesa y en el suelo, había notas por todas partes, algunas botellas de cerveza.

La cita con el doctor fue dos semanas más tarde y después de varias sesiones dieron con el diagnóstico correcto el cual fue verificado por varios psiquiatras y psicólogos.

Licantropía clínica ocasional. Mario, a través del deseo, creía transformarse en un animal para sacar a la luz sus necesidades más ocultas, era un cambio mental que estaba ligado directamente con algo que le sucedió en

determinado momento y él asoció inconscientemente, su mente trabajaba sola conectándose con sus deseos sexuales y haciendo de todo esto parte de una misma acción. Esa era la razón por la que no podía controlarse, tornándose más difícil hacerlo cuando estaba sintiendo placer al hacerlo.

No fue de fácil asimilación para Mario, puesto que era algo que hacía sin su consentimiento, lo cual lo llenó de un temor enorme, pero, él no podía vivir con eso, así que comenzó a ver las razones y situaciones que lo llevaban a hacer ese tipo de cosas.

Los lugares, las mujeres que lo buscaban para tener sexo y sobretodo, y aunque suene extraño, la luna llena. La primera vez que lo experimentó, vio la luna llena por el retrovisor del coche y cuando estaba en la terraza de su cabaña, justo antes de ir a la biblioteca, la pudo ver en todo su esplendor.



## VII

### Por primera vez

Jennifer salió de una larga ducha envuelta en una toalla blanca. Todo estaba en silencio en esa parte de la cabaña, caminó con cuidado hacía la cocina, pero, no vio a nadie. Entonces llamó:

— ¿Mario? ¿Dónde estás?

Siguió buscando, pero, al parecer el hombre había salido o estaba en otra habitación.

La chica se quedó parada en medio de la cabaña destilando agua y sin saber qué hacer. Él le había ofrecido su ropa, pero, la verdad ella no tenía ni idea de donde estaba su armario, no quiso seguir indagando en un lugar al que recién había llegado.

— ¡Jennifer!

La chica dio un respingo, pero, se incorporó de inmediato.

— ¡Disculpa, no quise asustarte!

El hombre seguía sin camisa, parecía que también había tomado una ducha y usaba un bañador blanco muy ajustado.

— No te preocupes, no pasa nada. Solo quería saber en dónde está tu ropero para ver si consigo algo para mí. Aunque lo dudo.

— Sí, claro, está... ¿Porque mejor no te colocas el bikini de nuevo y me acompañas a un lugar?

Ella lo miró extrañada, pero, aceptó. De hecho, lo había lavado mientras se bañaba.

— Está bien. Dame unos minutos.

— Por supuesto, te espero aquí mismo.

Jennifer entró de nuevo al baño y dentro se puso el bikini, esta vez se lo acomodó bien, se hizo una cola en su mojado cabello y salió sin nada más encima. Lucía sensacional.

Mario le extendió la mano y ella se la tomó. Salieron a una espectacular

terraza donde había un juego de sillas de jardín, una variedad de plantas incontables y una vista que enamoraría a cualquiera. En la mesa había una selección de frutas y jugos naturales.

Jennifer estaba sorprendida y miró a Mario con una sonrisa en el rostro.

— ¿Debo pensar que siempre haces estos con tus invitadas?

— Pues, te digo que eres la primera que entra aquí desde hace mucho tiempo.

Parecía sincero.

— Si quieres comer algo, adelante, te hace falta. Yo por mi parte te esperaré allá abajo, claro si es de tu gusto.

Mario se dio media vuelta y comenzó a bajar por unas escaleras que parecían hechas de mitades de troncos y una estructura reforzada de hierro.

La chica, curiosa, se asomó para ver a donde se dirigía el hombre. Lo que veía era genial, un regalo de la naturaleza. Había una especie de piscina natural que daba para el patio trasero de la cabaña de Mario, el agua era completamente cristalina y había hasta peces de colores, se notaba que la había delimitado con algunas rocas haciendo una composición hermosa.

Se quedó mirando hasta que el esbelto y cada vez más sexy guardabosques se lanzó un clavado. Ella se dio media vuelta y tomó una manzana antes de bajar.

Sensual, hermosa y muy atractiva, así definió mentalmente a Jennifer mientras bajaba con sutileza y por las escaleras. Sus senos rebotaban con cada paso, era algo espectacular, desde ese punto se veía muy diferente al momento en que la encontró en el río. Se veía que hacía mucho ejercicio puesto que estaba bastante definida desde los brazos hasta las piernas y el abdomen.

La chica se soltó la cola e hizo un intento de clavado que no le salió muy bien, pero, para Mario eso era lo menos importante.

Dentro del agua nadó hasta lo más profundo y subió en dirección a Mario quien la estaba esperando para que sucediera lo que debía pasar.

Ella salió del agua y esta recorría sus pechos, se veía más que sensual, la joven se quitó el exceso de la cara y echó su cabello hacia atrás quedando de frente a su sensual héroe.

— Creo que en este instante no hay mucho que decir.

Ella sonrió.

Estaban solos, completamente solos en un lugar mágico y ella ya no aguantaba las ganas de tenerlo, era la primera vez que sentía este tipo de reacción por un hombre, solo quería llevarlo a cabo y lo mejor es que estaba segura de eso.

— Te deseo desde la primera vez que te vi a través de la ventana de la camioneta cuando íbamos subiendo a la montaña.

Se acercaron sin prisa y un beso selló ese encuentro.

Desde hacía mucho tiempo, años quizá, Mario no besaba a una mujer. No porque no tuviera con quien, eso le sobraba, sino que ninguna la atraía de otra manera que no fuese sexual y para eso no hacían falta los besos.

Jennifer, estaba en las nubes con ese beso que, completó colocando una de sus manos en los pectorales bien formados de Mario, ese hombre era perfecto para ella, y lo sabía desde el primer momento.

El beso continuó con sutileza, pero, ya debajo del agua, una erección se preparaba y Jennifer estaba a punto de reventar de deseo. Se acercaron más y ella sintió en su abdomen la gran protuberancia. La chica se sintió un tanto preocupada de saber que eso entraría en su pequeño cuerpo, pero, a la vez sabía que sería una sensación espectacular.

Poco a poco Mario le quitó la parte de arriba del bikini, los senos de Jennifer estaban completamente desnudos y eran muy apetecibles, simétricos y con puntiagudos pezones de color rosa. En ella todo parecía de cristal y la estaba tratando sutilmente.

Las escurridizas manos de la joven comenzaron a buscar entre el agua un tesoro perdido, las metió dentro del bañador y eso fue un detonador para que el beso fuese más apasionado y las cosas se pusieran más calientes. El pene de Mario era enorme ahora que estaba erecto, ella intentó agarrarlo con ambas manos y aun así era más grande que el área que ella podía cubrir con sus extremidades. Bajó la mirada, necesitaba verlo, pero, cuando lo hizo un impulso la invadió.

Se sumergió en el agua y lo vio tan cerca como pudo para comenzar con un festín dentro de su boca donde cupo una gran parte, para sorpresa de ella.

Terminó de quitar el bañador. Como podía lo chupaba, salía a tomar aire y volvía a retomar su trabajo. Una mordida.

Mario la sacó del agua y la levantó con una facilidad impresionante, la tomó por las nalgas y de un solo golpe le sacó la parte baja del bikini, y ahí la tenía, desnuda a su disposición. Se besaron de nuevo y él la notó un poco nerviosa y algo tensa, entonces para mitigar eso comenzó a lamer sus pezones.

Esto genera pequeñas descargas eléctricas que recorrían su cuerpo hasta puntos clave y hacían que ella se retorciera de placer. Los senos de Jennifer eran realmente grandes, pues el rostro de Mario quedaba cubierto entre ambos, lo que le dio una idea.

La llevó hasta la orilla y allí la recostó viéndola de frente, tomó su pene y lo colocó en medio de ambas tetas para poder masturbarse con ellas, en apoyo a un instinto, Jennifer las agarró y las mantuvo en su sitio viendo como ese bestial pene se asomaba y se escondía. Entonces fue cuando sacó su lengua y lo lamía cuando estaba cerca de su boca.

Estaban experimentando cosas nuevas sin que el otro lo supiera, pero, ya las ganas de Jennifer sobrepasaban sus propios límites y ella misma se volteó exponiéndose completamente ante Mario.

Él la tomó con sutileza y le puso el glande justo en la entrada de la vagina para ir empujándolo poco a poco. Lo estrecha que estaba le produjo una nueva sensación y vio como la chica arqueó su espalda y lanzó un gesto de dolor, él lo comprendió. Paró por un momento, pero, ella no dijo nada así que continuó.

Un gemido débil cuando ya el pene iba por la mitad. Entonces Mario se percató de algo y retrocedió un poco para comenzar a penetrar sin parar, pero, solo con esa parte del pene. La chica comenzó a soltarse y los gemidos eran cada vez más frecuente y más altos, entonces ella fue quien comenzó a moverse lentamente, pero con decisión.

Mario estaba deleitándose con semejante manjar y ella no podía creer que por fin lo estuviera haciendo. Era la primera vez de Jennifer, pero, no quiso contárselo a él para evitar que esa noticia echara a perder las cosas.

Ella nunca se imaginó que lo haría durante ese viaje y menos con un desconocido, y mucho menos con alguien así, que era un sueño para cualquier mujer.

Se sentía llena de placer y no podía parar de hacerlo, la sensación de tener ese pene dentro de ella era más complaciente de lo que se imaginó en algún momento cuando a los 17 años se masturbó por primera vez, pero esto simplemente iba más allá de eso, no se podía comparar. Todo esto lo completaba el hermoso paisaje que los rodeaba.

Después de tenerla en la orilla durante un buen rato, la volvió a meter al agua donde la manejaba a su antojo y ella se dejaba llevar para poder complacerlo de la mejor manera. Ahora, de frente y sosteniéndola por la cintura, hizo el mismo trabajo de antes, penetrándola solo con la mitad del pene, por los momentos parecía ser suficiente y ella estaba loca de placer, los movimientos de él se fueron acelerando y ya Jennifer no pudo contenerse más. Estaba a punto de tener un orgasmo, las paredes vaginales se contrajeron completamente apretando con fuerza el glande y en unos segundos explotó completamente por dentro.

Se echó completamente hacia atrás, tanto que el agua le cubría hasta teparle las orejas. Una cantidad de sensaciones la recorrieron completamente, por un momento pensó que se desmayaría, estaba pasando por la gloria absoluta. No se dio cuenta de cuanto había gritado en aquel momento, pero, lo cierto es que estaba hipnotizada y metida en lo que podía llamarse un mundo paralelo.

Se percató que Mario seguía penetrándola, y cuando ya las cosas parecían calmarse sintió como dentro de ella el hombre se corría completamente. ¡Vaya sensación!

Esto hizo que ella quisiera más, puesto que, sentir eso hizo que su nivel de excitación llegara casi al límite de nuevo, solo necesitaba un poco más de esas sutiles penetraciones y por eso comenzó a moverse. Solo le bastaron unos segundos para tener su segundo y más intenso orgasmo. Ahora sí se le nubló la mente y solo se dedicó a disfrutarlo, esta vez sin gritos ni gemidos, lo mantuvo todo dentro de ella.

Los placeres pasaron y ella se dejó caer sobre el agua, parecía que estaba en otro mundo, flotaba desnuda después de tener su primera experiencia sexual, su primer (y segundo) orgasmo y por supuesto a ese espectacular hombre.

Mario salió del agua después de besarla, ella apenas sintió el beso y escuchó lo que le dijo, estaba en completo trance después de semejante follada.

Subió hasta la terraza y buscó una buena cantidad de frutas que colocó en una

cesta antes de volver. Desde arriba la veía flotar como si de un astronauta en el espacio se tratara, parecía que no existía la gravedad allá abajo. Él sabía que había sido la primera vez para ella, la estrechez de su vagina la delató y también algunos movimientos toscos durante el sexo.

Pero, para él estuvo más que bien y pudo comprobar un par de cosas. Cuando la vio por primera vez después de salvarla de ser arrastrada por el río supo que estaba delante de la mujer más hermosa que jamás había visto, y aunque al mirarle los senos sintió ese impulso animal que sobre todo él tiene, sabía que más allá de eso le inspiraba algo más. El simple hecho de haberla besado con pasión era más que suficiente para saber que sentía algo por ella.

Pero, lo que quiso probar era algo que había pensado desde hacía mucho tiempo. Las tentaciones que tenía cuando su mente se sumergía en las oscuras redes de la licantropía cuando estaba en la ciudad, sobre todo cuando era de noche y había luna llena, con esto se demostró a sí mismo que podía tener control sobre el sexo y la forma en que lo hacía. Estaba más que feliz de haber encontrado una manera de disfrutar sin ser llevado por los caminos de locura animal.

Pero, la pregunta era ¿estaría curado del todo o tenía que hacer una prueba esta noche? Precisamente esta noche de luna llena.

Ya abajo, le ofreció las frutas a Jennifer y esta aceptó feliz.

— ¿Algo que quieras decirme?

Mario la miró fijamente.

— ¿Cuándo pensabas decirme que eras virgen?

— Pensé que eso estropearía el momento.

— Lo habría hecho más interesante, te lo puedo asegurar. Pero, me di cuenta a tiempo y traté de llevarlo con calma para que lo disfrutaras al máximo.

Sin dudas Mario era un hombre con mucha experiencia y eso le encantaba a ella, le demostró que cuando necesitara de él siempre iba a estar ahí, bien sea para rescatarla de un río o para tratarla como se merece en su primera experiencia sexual.

— ¿Me puedo quedar esta noche contigo, Mario?

La pregunta le cayó como anillo al dedo.

— Solo si me dejas llevarte a un mundo que jamás has imaginado.

Jennifer sintió como su cuerpo se estremeció y aceptó.

Juntos subieron y se ducharon, ahora sí Jennifer había buscado una camisa de Mario para usar mientras estaba allí.

— Debo bajar a la ciudad antes que anochezca. Creo que me tardaré una hora aproximadamente.

— Si me lo permites preferiría quedarme aquí, me siento cómoda y la verdad es que no quiero despertar del sueño.

— No es un sueño, Jenny. Pero, si quieres quedarte no hay problema. Nos vemos en un rato.

El hombre salió por la puerta de enfrente y Jennifer salió a la terraza con una taza de té recién hecha. Podría quedarse ahí para siempre solo mirando el horizonte.

Mientras Mario bajaba en su coche, hacía una lista mental de las cosas que debía comprar, sobre todo para la seguridad de Jennifer. De esta prueba dependían muchas cosas, pues se estaba dando cuenta de que realmente la chica era especial, pero si las cosas esta noche no funcionaban como él las tenía planeadas tendría que dejarla ir, no la sometería a pasar por ese tipo de situaciones y estaba seguro que Jennifer tampoco estaría de acuerdo.

En la ciudad, justo cuando pasaba por la comisaría vio afuera una camioneta amarilla aparcada y pasó a averiguar. El jefe de la policía era amigo de la infancia de Mario.

El joven conductor de nombre Christian Álvarez y su compañero Antonio Bustamante había sido acusados de secuestro y al parecer había un cargo pendiente de intento de homicidio contra una chica que habían dejado a la deriva en la montaña.

— ¿Viste algo fuera de lo común durante estos días en la montaña, Mario?

Lo pensó por un momento, pero después lo dijo sin remordimientos ya que las cosas marchaban bien y los culpables estaban pagando lo que debía pagar.

— No, la verdad no. Todo tranquilo por mi zona, solo esperando la orden para que alejes a esos adolescentes cabrones, buenos para nada del pulmón natural de la zona antes de que lo destruyan.

Mario se despidió de su amigo y echó un vistazo de nuevo a la camioneta.



## VIII

### Estocada final

Mario regresó una hora y media más tarde y consiguió a Jennifer sentada en la terraza. La chica parecía hipnotizada con el paisaje y se veía hermosa a pesar de estar usando una camisa de él, pero, el problema de la vestimenta se solucionaría en pocos momentos. Dejó unas bolsas sobre la mesa del comedor y se dirigió hasta donde estaba la joven chica para contarle lo que había visto en la comisaría.

Después de contarle ella parecía más serena y le dio las gracias por tomarse el tiempo por averiguar sobre su amiga y estaba feliz de que los culpables estuvieran pagando lo que merecían. Por su parte cuando ella regresara estaría dispuesta a hundirlos lo más que pudiera y no descansaría hasta lograrlo. La conversación terminó cuando ella abrazó a Mario en señal de gratitud.

— Ahora volviendo a lo nuestro quiero que veas lo que traje para esta noche.

Jennifer se sonrojó un poco, pero, no dijo nada.

— Estás a tiempo de arrepentirte, no tengo problema en llevarte hasta tu casa y dejar todo esto a un lado.

Ella lo tomó de la mano y lo guió hasta el interior de la cabaña.

Un conjunto de cuero negro con argollas y cadenas estaba puesto sobre la mesa, Jennifer lo observó con detenimiento y no pudo evitar su emoción, lo tocó con delicadeza y de sólo imaginarse a sí misma ataviada con esa vestimenta sentía cómo la temperatura aumentaba en su piel.

— Cuando te di las condiciones para esto, no lo dije en juego, quiero que veas lo siguiente y puedas entender en algún momento porqué lo hago.

La chica hizo un gesto de duda, pero accedió a ver lo que él le mostraría.

De una caja sacó unas cadenas bastante gruesas y que se veían muy fuertes, ella esperó que no fuese ella quien las usara, pero, Mario le dijo que en el momento le explicaría de qué se trataban todas y cada una de las cosas. Además de todo esto le enseñó donde colgaba las llaves de la casa, para que si en algún momento ella decidía huir no las estuviera buscando por todos

lados.

Este tipo de condiciones estaban incomodando a Jennifer hasta el punto de asustarla un poco, pero, ella no dejaría que esto la alejara de lo que podría ser una de las mejores experiencias de su vida, pensando que era posible superar lo que ya había vivido con Mario más temprano.

— Esto lo decidimos juntos y lo haremos juntos, no intentes persuadirme para no hacerlo.

Al ver la seguridad que tenía Jennifer sobre el asunto, Mario pensó en contarle lo que sucedía y el riesgo que ella estaba tomando, pero, no sería fácil que ella lo entendiera en una primera explicación, así que decidió seguir con su plan y quizás todo saldría de la mejor manera.

Afuera, el sol se comenzaba a esconder y las luces de la cabaña iluminaban el lugar tiñendo de tonos amarillos el lago en el patio trasero. Las estrellas se asomaban lentamente en un profundo cielo negro y todo estaba listo para la función.

El sitio había sido escogido por Jennifer y no fue otro que la terraza. A petición de Mario ella se vestiría dentro de la habitación y saldría después de que él le diera instrucciones, todo esto dando tiempo para que armara todo afuera y no hubiese ningún tipo de equivocación en todo lo planificado.

Así fue como las cadenas se colocaron cerca de la baranda de la terraza, un sofá de la sala se había movido hasta afuera y las llaves estaban situadas en el lugar correcto. Dentro de la habitación, Jennifer terminaba de colocarse el conjunto de cuero y trataba de descifrar donde iban cada una de las argollas y cadenas para estar perfecta para la ocasión y cuando estuvo lista, se sentó en la cama a esperar por su amante.

Tocaron a la puerta y se escuchó la atenuada voz de Mario diciéndole que podía salir, ella respiró profundo, contó hasta diez y decidida salió rumbo a su aventura. No podía negar lo nerviosa que estaba, su corazón palpitaba sin parar y temblaba ligeramente, pero, era algo que podía controlar. Caminó hasta la puerta que daba hasta la terraza y la abrió, afuera Mario usaba una bata de seda y tomaba una copa de vino.

Él se volvió para admirarla de pies a cabeza. El conjunto parecía haber sido hecho a la medida y no había visto nada más espectacular en toda su vida, los voluminosos senos lucían apretados dentro del cuero y se podían notar sus

pezones marcados, las cadenas colgaban de manera perfecta y su piel resaltaba aún más de lo normal. En la parte de abajo la braga de cuero apenas cubría lo necesario.

Ella se acercó con decisión y con un sexy caminar, le quitó la copa de vino y se tomó el contenido antes de lanzarla a un lado para proceder a besarla con una pasión desbocada, ya en ese punto no había manera de volver atrás, solo quedaba ver qué sucedía. Mientras lo besaba abrió su bata y notó que no usaba nada debajo de ella, fue demasiado fácil esta vez encontrar su tesoro que ya estaba preparado para la acción, ella seguía sorprendida por el tamaño del mismo, pero, lo deseaba más que antes.

Mario la volteó para acariciar con facilidad los senos mientras le besaba el cuello, y esto la hizo delirar. Sí, algo tan simple como eso la hizo perder la cabeza y lo notaba porque su vagina lubricaba sin parar, estaba mojada y muy excitada. Definitivamente todo lo que él le hacía era lo mejor, claro no tenía con quien compararlo, pero, veía muy difícil que otro hombre le diera esa misma cantidad de placer a una mujer.

Jennifer sentía el inmenso miembro en su espalda y no podía esperar a tenerlo, a sentirlo dentro de ella.

Mario estaba tratando de mantenerse tranquilo, pero, la majestuosidad de esa mujer lo hacía querer follarla con todas sus fuerzas sin importar las consecuencias, pero, el problema estaba en que ella, por alguna razón, le importaba, la veía de una manera diferente. Pero, de pronto las cosas comenzaron a cambiar y apretó bruscamente los senos de la chica, ella sintió un poco de dolor, pero, no le dio mucha importancia, estaba concentrada en las caricias y besos.

El nivel de excitación del hombre comenzaba a subir a pasos agigantados y sus músculos se tensaban con regularidad. Entonces soltó a Jennifer con un empujón, volteó y ya estaba la noche arropándolos completamente, respiró profundamente y tomó a su mujer por la mano.

— Quiero que me amarres con esas cadenas. Tienen un candado cada una y las llaves están sobre la mesa. Anda hazlo.

Jennifer pensó que era parte de un juego, pero, nunca se habría imaginado que era por su propia seguridad. Accedió a lo que él le pedía a regañadientes ya que le gustaba que él tomara el control, así como lo hizo temprano,

además ella no tenía la experiencia necesaria como para tomar decisiones sobre lo que se debía hacer.

Las cadenas eran pesadas y le costó un poco colocarlas, pero, al fin lo logró entre besos y caricias para no perder el ritmo del momento. Mario quedó sentado completamente desnudo en el suelo con un par de cadenas atadas en las barandas de la terraza y que le interrumpían el movimiento en los brazos. Después de eso todo quedó en manos de Jennifer.

Ella no sabía cómo empezar, así que dejó que su imaginación hiciera el trabajo. Empezó a quitarse el conjunto de cuero netamente frente a Mario y lo iba lanzando lejos, él comenzaba a desesperarse un poco y ella se sentía como una diosa viendo como un hombre como Mario la deseaba tanto.

Pero, lo cierto es que Jennifer estaba más excitada que él, viendo como la erección era cada vez más potente y parecía crecer mientras las venas se marcaban más y más.

Ella no pudo resistirse a eso y caminó hacia él, dispuesta a todo. Se agachó y tomó el pene con ambas manos para comenzar a masturbarlo, era demasiado gratificante para ella poder manipularlo de esa manera.

La mente de Mario parecía estar tornándose algo oscura, pero, aun podía mantener la calma dentro de todo. Miraba con deseo a Jennifer quien hacía su mejor esfuerzo para manejar la situación y lo hacía muy bien a su parecer. Sin querer, comenzó a recordar aquella noche detrás del bar cuando folló de todas las maneras posibles a esa desconocida.

Por fin Jennifer después de un rato, se levantó para dejarse caer poco a poco sobre el miembro de su amante, ahora ella tenía el control y fue introduciéndolo centímetro a centímetro hasta que le pareció que llegaba a la mitad y con eso jugó durante un rato. Sus movimientos mejoraban con cada intento y los combinaba con algunos circulares que le encantaban porque sentía como tacaba cada punto de su vagina, los gemidos no tardaron en salir.

Mario la necesitaba demasiado, mientras ella se penetraba él observaba los senos en un movimiento constante, por momentos se los metía a la boca y los chupaba y lamía con deseo. Su mente comenzaba a jugar con él y eso no estaba bien.

Mientras tanto ella seguía penetrándose sin parar y estaba cada vez más excitada, sus gemidos eran más fuertes y la frecuencia con la que el pene

entraba y salía de ella era cada vez más corta. Una gota de sudor le cayó desde el cuello y se perdió entre los senos, y de pronto se dejó caer completamente sobre su hombre.

La penetración llegó hasta un punto donde el dolor y el placer convergieron y el desenlace de esas dos sensaciones le voló la cabeza por completo, gritó y no pudo detenerse en adelante. Se dejaba caer fuerte para sentir ese dolor de nuevo y los golpes de sus nalgas con los muslos de Mario completaban la acción.

Ella no sabía cómo reaccionar en ese momento, estaba totalmente fuera de sí y se mantuvo haciendo lo mismo mientras sentía que el orgasmo venía y estaba ya en la puerta para reventar, pero, con todo el poder que tenía ahora, no pararía nunca.

Mordió a Mario en un hombro y lo tomó con fuerza por el cuello, esto hizo que el hombre intentara agarrarla, y las cadenas hicieron su trabajo, restringiendo por completo el movimiento de los brazos. Ella no se dio cuenta de eso, estaba perdida en su mar de placer.

Algo estaba cambiando dentro de Mario, y sintió la necesidad de tomar el control, pero ahora no podía y era gracias a él mismo.

Jennifer de pronto explotó en un gemido que se ahogó cuando esta cayó a un lado, sus piernas temblaban y de su vagina salía toda su corrida. No podía contener los temblores y espasmos, pero de alguna manera se levantó y volvió a montarse sobre su bestia.

Necesitaba más de eso y era en ese mismo momento, tenía tan sensible el clítoris que cada roce la hacía delirar, Jennifer estaba completamente fuera de sí y siguió saltando, no dejaba de gritar y cada vez su respiración se entrecortaba más, pero, nunca pensó en dejarlo, ya esto era una adicción.

Mario se estaba volviendo loco al no poder darle a ella lo que necesitaba, él estaba ahí para eso. Lanzó otro intento para soltarse, pero, era imposible y gritó desesperado con todas sus fuerzas. Trató de besar a Jenny, pero, esta tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, así que no la alcanzó, lo cual lo hizo salirse más de sus casillas.

Sus brazos comenzaron a sangrar, por el roce con las cadenas, pero, en ese instante estaba por llegar un escape que quizá lo tranquilizaría. Se corrió como nunca antes y el semen se salía mientras Jennifer se movía. Pero, por el

contrario, haberse corrido lo llenó de más deseo y ganas por soltarse.

Mario gritaba sin control, pero, Jennifer no escuchaba eso, estaba esperando ese segundo orgasmo. Venía poco a poco y lo retuvo lo más que pudo hasta que ya no lo soportó más y ni siquiera pudo gritar esta vez, se aferró fuertemente de los brazos de Mario y se dejó llevar por el momento, de nuevo los espasmos volvieron y ella no podía controlarlos.

Por fin escuchó los gritos desesperados de Mario, pero, no parecían venir de la persona que ella estaba viendo, pensó por un momento que era parte de un papel o del mismo juego del prisionero que estaban llevando a cabo o que solo estaba siendo exagerado. Pero, de pronto trató de soltarse con mucha fuerza y Jennifer que estaba sentada sobre él se echó hacia atrás.

Mario se movía de manera extraña y quizá no se estaba dando cuenta que se estaba haciendo daño con la cadena, fue entonces cuando ella le habló y él pareció reaccionar dejando de hacer lo que estaba haciendo.

— ¿Qué pasa, Mario? ¿Estás bien?

El hombre la miró y parecía volver a ser el mismo, lo interesante de todo esto es que a pesar que se había corrido ya hacía varios minutos, su erección seguía intacta. Jennifer se dio cuenta de esto y pensó que el hombre solo necesitaba otra corrida, pero, cuando se iba acercando trató de soltarse nuevamente y ella se sobresaltó de nuevo.

— Por Dios, Mario. Cálmate.

Ella se agachó para mirarlo a los ojos y eso irrumpió en la mente de Mario como una lanza. Su mirada sincera y tierna hizo que él volviera en sí. Ella estaba convencida de que había algo oculto dentro de toda esta reacción, pero, estaba más segura de algo; si ese hombre aún tenía esa erección sería capaz de darle más de lo que cualquier mujer en el mundo pudiera imaginar. Actuó sin ningún tipo de precaución y quizá hasta de manera egoísta, solo pensando en su propio placer.

— Te dije que esto lo haríamos juntos y así será. No me iré y las únicas llaves que usaré son las de los candados y será para soltarte y no te hagas más daño.

El hombre sudaba y tenía los brazos golpeados y ensangrentados, pero, su mente parecía estar aclarándose y su erección seguía en pie. Nada estaba

interfiriendo más que el deseo y la pasión.

— ¡Confía en mí!

Jennifer se acercó poco a poco con algo de miedo, y no era para menos, el hombre estaba alterado y con la corpulencia del mismo el miedo era lógico, pero, confió en su instinto y fue a abrir los candados.

Las cadenas cayeron y él levantó la mirada.

— Aquí estoy para ti.

Jennifer cerró los ojos y extendió ambas manos en símbolo de entrega. Mario se levantó disparado, lanzó una de las pesadas cadenas, sonando los huesos del cuello con un movimiento y tomó a Jennifer por la cintura y de pronto un grito se escuchó más allá de “Los Picos Gemelos”.

— ¡Oh, sí! ¡Házmelo así! ¡No pares nunca!

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis*

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo](#)**

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

**[J \\* did@ - mente Erótica](#)**

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

**[La Celda de Cristal](#)**

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)



# “Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

## Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de

mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita

para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin- tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin- tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario  
— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*